

UBINADAMU

Número XVIII

SEPT.-OCT. 2023



ÁFRICA.
ANÁLISIS.
THINK TANK.
JUVENTUD.
MEDIO AMBIENTE.
MIGRACIONES.
CONFLICTOS.

UN SISTEMA JUDICIAL RACISTA Y AL SERVICIO DE LA MENTIRA... 4-12.

LOS PECADOS DEL LIBERALISMO-GLOBALIZACIÓN:
DECADENCIA SOCIOECONÓMICA Y LA
CONFISCACIÓN DE LA DIGNIDAD... 12-42.

REVISTA UBINADAMU, N.º XVIII

Septiembre-Octubre 2023.

@ Copyright Ubuntu Pachamama Strategic Think Tank.

28982 Parla (Madrid), España.

upsthintank@gmail.com

<https://www.ubuntupachamamastrategicthinktank.com>



Laico. Apolítico. Rigor. Científico. Juventud.

Diáspora africana. Medio Ambiente.

El tiempo de la Unidad Africana y la comunión con su diáspora.

¡¡La voz del sur global y las periferias!!

Un Think Tank diferente al resto en cuanto a las orientaciones y nuestra visión. Pensamos sobre África (su diáspora), con él y desde él. Independiente, visión estratégica y un laboratorio de las ideas innovadoras que persiguen el cambio estructural. UPSTT es un proyecto sin ánimo de lucro que persigue como único fin la divulgación de los temas africanos y los desafíos ambientales. Para realizar una tarea coherente y guiándonos por los valores, hemos decidido ser una entidad independiente que no solicita una ayuda financiera a ninguna institución. ¡Gracias por ser un fiel lector! ¡Pensar para humanizarnos!

CONTENIDO

| | |
|--|----|
| UN SISTEMA JUDICIAL RACISTA Y AL SERVICIO DE LA MENTIRA..... | 4 |
| LOS PECADOS DEL LIBERALISMO-GLOBALIZACIÓN: DECADENCIA SOCIOECONÓMICA Y LA CONFISCACIÓN DE LA DIGNIDAD | 12 |
| 1.0 SENTIDO DE LA GLOBALIZACIÓN: VISIÓN ECONÓMICA VS FILOSÓFICA | 12 |
| 2.0 UN MODELO ECONÓMICO INCOHERENTE | 18 |
| 2.1 ¿HACIA EL ABISMO? LA DOBLE CARA DE LA GLOBALIZACIÓN..... | 26 |
| 3.0 LOS PECADOS DEL LIBERALISMO ECONÓMICO-GLOBALIZACIÓN..... | 31 |
| 4.0 CONCLUSIÓN: URGE REPENSAR NUESTRAS ESTRUCTURAS ENVEJECIDAS | 43 |
| 5.0 Bibliografía | 44 |

UN SISTEMA JUDICIAL RACISTA Y AL SERVICIO DE LA MENTIRA

Dr. Maurice Dianab Samb

Filósofo // Teología y Ciencias Religiosas // Máster en Diplomacia y Relaciones Internacionales

// Doctor en Historia, Cultura y Pensamiento.

Nuevamente, perdono, porque de nada me sirve dejarme esclavizar por la cultura de venganza, el odio, el rencor...; una cultura que ha terminado por transformar a los humanos en seres insensibles; y si hace falta, volveré a *perdonar hasta setenta veces siete* (Mt 18:21-35). Cada vez que tratan de promover el mal, rezaré estar obrando el bien y ser un instrumento de la paz. Nuestra época inculca la mentira simbolizada en diferentes estructuras sociales, y querer salir de esta dinámica se ha convertido en una batalla moral.

Dice un dicho colombiano: “Loro viejo no aprende a hablar”. Así son los nuevos fascistas, viejos guardianes de unas prácticas odiosas y superados por las realidades de un mundo cosmopolita que rechaza las creencias racistas. Los fascistas incultos y cobardes, expertos en montar proyectos de liquidación como Judas, superados por las nuevas realidades históricas, se refugian en su odio, pensando que sus mentiras son unos credos que deben de inculcar a todos, en particular, a aquellos que ven como inhumanos. ¡Que se despierten, porque su paternalismo ya no tiene cabida! El colonialismo ha muerto, y como tal, nadie va a aceptar la mentira ni la instrumentalización de las instituciones por fines odiosos. Las sociedades al borde de la decadencia ilustran sus incoherencias vía sus inepticias institucionales y las mentiras de sus ideólogos. Éstos, expertos en doblegar la legalidad para servir sus proyectos de odio, se creen inmortales. El negro ya no es un sujeto acomplejado, sometido a la voluntad del “maestro” ridículo, ni acepta la violencia gratuita. Hemos ido a las mismas escuelas, nos conocemos entre nosotros, y sabemos quién es quién, quiénes son los virtuosos y quiénes se prostituyen por los privilegios, de ahí no nos impresionan ni nos pueden intimidar. Utilizaremos la verdad científica para dismantelar sus falacias, más conociendo sus objetivos que, en sí, son insostenibles. Nos creen salvajes e infantiles, manipulables. Brutos e ignorantes, ignorantes de su propia historia. Nuestra era ansia la conexión de todos los pueblos, sin embargo, en España (Occidente), desde hace un tiempo, un grupo minoritario se empeña en imponer sus falacias mediante la violencia y la instrumentalización judicial. No son serios, que sigan mintiéndose a sí mismos, mientras que los nuevos tiempos impongan sus realidades: el racismo tendrá que morir, y morirá, les guste o no. Sus técnicas de intimidación mediante la utilización de la policía, las leyes, la corrupción judicial, etc., ya no nos impresionan.

Profesan la legalidad y actúan inmoralmemente, cómo entonces, hemos de aceptar sus recomendaciones cínicas. La legalidad actuando ilegalmente; no sé cómo calificar la nueva dinámica de persecución y bajeza en este país. El derecho al servicio del odio y la vanagloria personal, y no escatiman en utilizar medios no convencionales para llegar a su fin. Están acostumbrados a la arrogancia, fruto del cinismo colonial, y creyéndose superiores moral e intelectualmente, por el mero hecho de haber nacido aquí o tener la piel blanca; banda de ineptos, no hay peor estupidez que el hecho de creerse superior a los demás, transformándose así en un motivo para actuar amoralmente. Creía vivir en una

sociedad decente, formada por personas que tienen escrúpulos de hacer cosas malvadas, y me equivoqué. Idealizaba a España como un país “normal”, acogedor e institucionalmente responsable; fui torpe, porque me engañé a mí mismo. Durante mucho tiempo, incluso en los primeros años de mi formación universitaria, traté de huir de los debates internos, sobre todo las cuestiones nacionalistas y las emociones confrontadas que generan, y me centré exclusivamente en la búsqueda del conocimiento. Con el paso del tiempo, descubrí que mis intentos de ser civilizado y prudente no bastan para vivir aquí; constantemente provocan. De esta manera, descubrí la verdadera España que estaba escondida en las maniobras administrativas, el racismo policial, la prostitución judicial, la explotación laboral, las mentiras de una clase política y mediática, la exaltación de cloacas e intolerantes, prontos en condenar a aquellos con ideas diferentes. En fin, la España que yo conocía cuando caminaba por sus universidades ha muerto, ahora emerge una nueva España, formateada por la discordia, la persecución, el racismo, el cinismo, la judicialización de las relaciones humanas, una mentalidad tramposa, etc. La decadencia.

Soy filósofo, una identidad que asumo plenamente, de ahí no negocio con mi libertad y mis derechos a cambio de lo material y los privilegios, ni hipoteco mis valores para estar en la fiesta de la mentira. ¡Valores, mi carta de presentación! ¡Exijo la decencia en toda situación! Las fuerzas racistas, fascistas, cínicas..., siguen sin aceptar que los tiempos han cambiado y que, algunas de sus prácticas ya no pueden prosperar. Contra viento y marea, y lejos de adoptar la cobardía de Pedro, - *A la madrugada, Jesús llegó caminando sobre el agua. Cuando sus seguidores lo vieron caminando sobre el agua, se asustaron mucho y gritaban de miedo: —¡Es un fantasma! Pero Jesús inmediatamente les dijo: — ¡Tranquilos, soy yo! No tengan miedo. Pedro le contestó: —Señor, si eres tú, haz que yo vaya hacia ti caminando sobre el agua. Jesús le dijo: —¡Ven! Pedro salió de la barca, caminó sobre el agua y fue hacia donde estaba Jesús. Pero vio que el viento era fuerte, tuvo miedo, se empezó a hundir y gritó: —¡Señor, sálvame! Jesús de inmediato lo tomó de la mano y le dijo: —Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* (Mateo 14:25-31)-; defenderé mi derecho: pensar libremente y vivir según mi conciencia. Me rebelo contra cualquier clase de injusticia, venga de donde venga, aún si debo entregar la vida.

No soy un fanático ni un adepto de las ideologías baratas, tampoco seré un aliado de la tiranía burocrática al servicio del odio, la violencia gratuita, la xenofobia, la instrumentalización de los mecanismos jurídico-institucionales al servicio del mal. Filósofo por convicción, no por una remuneración material, y como san Agustín, santo Tomás de Aquino, Blaise Pascal, etc., también soy un creyente, un creyente que se entrega voluntariamente al poder de la fe para romper con el mal mediante una vida ejemplar. De la misma manera que Juan Pablo II dedicó sus fuerzas a luchar contra el comunismo y denunciar el mal del nazismo contra los judíos en su Polonia natal, igualmente, la fe me ofrece el valor para enfrentarme a todas las fuerzas al servicio de la mentira, el odio, la división. Mi lema es *Fiat voluntas tua* (hágase tu voluntad). La voluntad de Dios sobre mi vida, orienta mis andanzas, mis pensamientos, mis sentires..., por eso, solamente deseo amar al hermano, evitar el mal, y las tragedias de la vida son incapaces de doblegarme, ni los planes ocultos de los Judas, a mi cuerpo y espíritu, nunca podrán controlar. El mal y la mentira pueden utilizar muchos rodeos tratando de defender lo indefendible, y la verdad utilizará el camino recto para desmontar sus tesis. Lejos de preocuparme, me inunda la serenidad. ¡Vivo estoicamente! La España institucional se

prostituye y sus caprichos constituyen unas amenazas para la paz social. Contra ella, me rebelo, y nunca violentaré a la España sociológica e intrahistórica (los sencillos, como decía Miguel de Unamuno).

Cuando empecé a escribir este número, mi intención era de centrarme en la cuestión geopolítica y los efectos perversos del liberalismo económico (capitalismo) sobre millones de seres humanos a través el planeta, hombres, mujeres y niños que sufren las consecuencias de unas políticas y mecanismos socioeconómicos deshumanizantes. Entre tiempo, las circunstancias ajenas a mi voluntad me obligaron a redactar estas líneas como una segunda alerta y un llamamiento a la decencia administrativa; el abandono de la perversión judicial para evitar sembrar conflictos y el radicalismo. Los jueces no son inmortales, y la ley no se ha de aplicar según sus caprichos o sus prejuicios. Una sentencia judicial se ha de motivar basándose en los hechos y no en conjeturas o arreglos mafiosos para tapar a mentirosos-racistas. Tras una larga persecución judicial, y los actores tratando de legitimar unas mentiras insostenibles y yo habiendo ganado todos los procesos que me oponían a mis acusadores, e incluso el Tribunal Provincial de Madrid negando el recurso de la acusadora, alegando ganas de venganza y odio, permitiéndome recuperar mi tranquilidad, durante el mes de noviembre de 2023, compartía las dolorosas experiencias e injusticias que había vivo mediante la instrumentalización del sistema judicial para la venganza y las mentiras de un agente de la Guardia Civil, no en sí para vengarme, sino para educar e invitar a la creación de unas instituciones más justas y menos cínicas. A pesar de las repercusiones emocionales-reputacional de las falsas acusaciones vertidas contra mi persona, perdóné, porque soy humanista y cristiano, y no puedo guardar el rencor, y seguí adelante con mi vida. Para mi gran sorpresa, cuando trataba de olvidar estos episodios, recibí una llamada de la policía local de Parla, el día 18 de abril de 2024, para recoger una notificación procedente de los juzgados de Colmenar Viejo, con el fin de comparecer el día 7 de mayo de 2024 (alrededor de las 11:00), por un “delito de atentado ocurrido el día 25 de noviembre de 2022”, contra un agente de la Guardia civil.

Siguiendo mi serenidad habitual, me presenté en el tribunal el día indicado para conocer el motivo de mi citación. Una vez en Colmenar Viejo, me presentaron unos documentos indicando que yo había agredido a un agente, y como tal, me persiguen por “resistencia y desobediencia”. Además, existe una acusación particular, la fiscalía pide una sentencia de seis (6) meses de prisión e inhabilitación especial para el derecho de sufragio pasivo, y una multa de 45 días (10 euros diarios). Me inundó la risa. Lo más chistoso del asunto es que, sin que haya un juicio todavía y yo descubriendo muchas incoherencias en el documento, la funcionaria me quiso obligar a depositar una fianza (indemnización) de 225 euros al agente, y que si me negaba -obviamente, me negué categóricamente- me iban a embargar. Que hagan lo que quieran, qué puedo esperar de un sistema podrido. En resumen, han enviado el caso a un tribunal penal de Madrid, y quedo a la espera de ser notificado sobre el proceso. Empezó a preguntarme sobre la inteligencia de los que encarnan el sistema judicial. ¿Cómo se puede montar un caso tan ligero a sabiendas de que todos sus argumentos reposan en la falacia y el racismo? Cuando recorrí el documento, vi una serie de incoherencias que ni siquiera cometería un alumno de primer año en Derecho. Es normal que se produzcan errores así, porque están motivados por la venganza y el racismo. Si por haber escrito un artículo denunciando la porquería en el sistema judicial y el racismo policial, tratan de inventarme casos o crímenes que no he

cometido, que lo tengan por seguro que me verán la cara. De continuar las provocaciones, haré que el mundo conozca los nombres de cada uno de los implicados en este caso. Ya basta de tonterías. El Estado y sus mecanismos fueron creados para la armonía social, desgraciadamente, en nuestra época, son utilizados para mentir y destruir vidas. Asco.

Me pregunto, cuándo España dejará de utilizar el sistema judicial para recriminar a sujetos inocentes. Pueden abusar de su poder e imponerme una sentencia injusta, serían capaces de hacerlo, y en el caso de llegar a producirse, mi combate será desnudar el sistema judicial en el ámbito internacional, porque en España, ya no espero nada bueno. Ni siquiera la mujer del presidente del gobierno Pedro Sánchez, se ha librado del linchamiento judicial. Investigada a partir de unas falacias periodísticas y las denuncias de una organización fascista. ¿Qué hemos aprendido de este caso? Políticos y magistrados, buscándose la gloria mediática, utilizan vidas ajenas como rehenes judiciales. Es lamentable en un estado de derecho. Como colectividad, nos debería de repugnar, y decir, basta. Los activistas negroafricanos llevaban años sufriendo el linchamiento policial y judicial, pero pocos lo querían ver hasta que lo sufrió el propio presidente del gobierno. Unos pseudo-sindicatos policiales se querellan contra Serigne Mbayé, exdiputado de la Asamblea de Madrid, por haber denunciado la violencia policial en Lavapiés (Madrid). De no haber existido una grabación de la violencia ejercida contra un joven senegalés, se inventarían motivos para negar lo sucedido.

Viva la nueva inquisición española. ¿Cuándo los elementos policiales y agentes uniformados dejarán de mentir, y el fin de la impunidad? ¿Por qué sus superiores se empeñan en defender sus crímenes? ¿Acaso el uniforme se ha transformado en un pretexto para violentar a la ciudadanía? Lo juro, el mundo se dará cuenta del racismo en el sistema judicial y policial en España. Hasta entonces, paso a otra cosa, ya nos veremos en los tribunales, porque no soy de esos que se dejan intimidar. Y si he decidido escribir sobre esto, es para destapar la porquería de nuestro sistema. Ahora en este país, te pueden acusar y hacer pasar por juicios sin que hayas cometido un delito. Si tu cara, tus opiniones o tu identidad molesta, entonces te inventan casos judiciales, abogados y magistrados negociando detrás de ti. *This is what you call Justice? Nonsense.* Me importa muy poco sus motivaciones, quiero que sepan que utilizaré el derecho para desmontar sus mentiras. Ya he avisado, y esta es la segunda vez, no habrá una tercera alerta. No seré el cordero sacrificial de ninguna mafia, elemento racista ni grupos de presión. Tras dieciséis años aquí, no me pueden acusar de haber cometido un delito, y tampoco son más morales que yo, como para querer presentarme como un criminal. Me dan lástima. El odio mata.

Ya que se empeñan en inventar casos, regresamos a los hechos: los días 23 y 25 de noviembre de 2022, me encontraba trabajando en un rodaje en un plató situado en la calle Madroño, 3, Colmenar Viejo, desde las 14:00 hasta las 02:00 durante el primer día, y fue el día 25 de noviembre de 2022, cuando los dos agentes se acercaron a esta dirección con la intención de detenerme, según ellos, una persona había llamado, afirmando que yo estaba en busca y captura y violaba un orden de alejamiento. No he cometido ningún delito, ¿por qué voy a salir huyendo de España? Aparte, en esa época, acababa defender mi tesis doctoral en la universidad de Alcalá. Incoherencias. Alguien que no es tu novia, no existe un vínculo sentimental, vivimos a los dos extremos de Madrid, y yo había salido de mi casa para ir a trabajar, ¿qué intenciones habría de tener yo para violar una norma o provocar una detención? Hay cosas que la lógica no acepta, pero visto lo visto, nutren la

decadencia judicial. Hay que alimentar la mentira para enriquecerse. Cuantos más procesos judiciales se inventan, mayores honorarios. Gané el proceso judicial contra la acusadora y los dos agentes fueron citados por el tribunal. Hasta el fiscal se puso de mi parte, indicando que lo alegado fue fortuito, ya que yo no tenía ninguna intención de molestar a nadie, sino que realizaba mi trabajo. Repito la pregunta: ¿No será que tratan de vengarse de mí por el artículo que había escrito denunciando sus actuaciones? ¿Se sienten humillados y culpables, o intentan evitar las sanciones, de ahí buscan recriminar al negro? Se han topado con un hueso duro. Su mentalidad racista no funcionará conmigo.

Pueden inventar miles de acusaciones, no me harán abandonar mis convicciones. *Don't waste your time!* ¡Fue chistoso! No entendía nada de lo que sucedía, pero se empeñaron en detenerme, y uno de los agentes me quiso brutalizar porque yo pedía explicaciones acerca de por qué me querían detener si no había cometido ningún delito. Utilizando la fuerza, me llevaron con ellos, y durante el juicio en el tribunal penal de Madrid, ambos agentes fueron citados a comparecer. Fui absuelto porque las acusaciones eran infundadas. Lo que no me esperaba era que, uno de los agentes se atrevería a mentir que yo le había lesionado cuando fue él, quien me quiso brutalizar sin ningún motivo, simplemente por ser racista. Lo reitero, por ser racista. Yo acuso, son racistas, porque de haber sido un hombre blanco, habría un trato respetuoso. A pesar de haber ganado todos los juicios contra la persona que trataba de destruirme, por puras ganas de venganza y el odio, el sistema judicial se hace la vista gorda y me quiere imponer una sanción por un delito que no he cometido. Ya lo veremos. No son dioses, sino simples inmortales.

No soy de esos que se dejan intimidar, y cuando estoy en lo cierto, prefiero la muerte antes que de negociar. Me pueden imponer sus injusticias y embargar mis recursos ilegalmente, algún día se conocerá la verdad, y espero que serán torturados por sus conciencias y la historia. ¿Cómo se puede mentir así, inventar falsas acusaciones contra personas inocentes y estar en paz? ¿Dónde se ha ido la decencia? ¿Lo hacen por el corporativismo, existen fuerzas ocultas detrás del agente, o tratan de silenciar a los negros e intimidar? El mismo Nelson Mandela, hombre Ubuntu por excelencia, fue acusado de terrorista por el régimen apartheid, de ahí a estas alturas, nada me sorprende. La decadencia ha llegado a un nivel indescriptible. ¿Para qué sirve la Justicia ahora, proteger a los mentirosos y tapar los abusos de las fuerzas de seguridad? En vez de analizar los hechos, dicen que he cometido un delito de resistencia y desobediencia. ¿Quién en su sano juicio se va a dejar detener en su trabajo sin que haya cometido un delito? ¿Quién, el juez, el abogado, quién de ellos, se dejará detener arbitrariamente? ¿Por qué me quieren imponer lo que ellos nunca aceptarían? Hipócritas. Al diablo. Si ellos no lo aceptan, ¿por qué lo he de aceptar yo? ¿Acaso las leyes fueron inventadas solamente para unos pocos, impunidad para magistrados y agentes? Defienden la mentira, y encima, me tratan de embargar para compensar la injusticia y por puros caprichos. Su cinismo engendra la violencia y el radicalismo. Pueden defender la mentira, pero jamás lograrán separarme de mis convicciones ni hacerme abandonar mis derechos. ¿Llevar uniforme es una excusa para mentir? ¿Una autoridad puede mentir? Cada vez que tratan de huir de sus actos vergonzosos, se refugian en eslóganes baratos, los discursos hipócritas y vacíos; cobardes que utilizan a las fuerzas de seguridad para materializar sus proyectos racistas. Con cada intento de romperme, me hago más fuerte. ¿Qué estamos enseñando a los jóvenes con estas actitudes?, ¿que, tras la formación académica y la entrada en el mundo laboral, uno

puede mentir en el ejercicio profesional impunemente? Si esto es el proyecto, sería recomendable no ofrecer la formación ética (la deontología). Los “educados” se han convertidos en los peores criminales. Evito el moralismo, pero es difícil de aceptar, no soporto a un intelectual deshonesto. Éstos, criminales, engendran los problemas.

No soy una amenaza, ellos sí lo son. Mi única arma es la reflexión crítica y la escritura, pero si he de defender mis derechos frente al abuso y la arbitrariedad, lo haré sin que me tambalea la mano. La vida humana debería de regirse por la libertad, la justicia, la verdad, la solidaridad, y no puede haber paz y orden donde no exista la justicia o las instituciones siendo utilizadas para la opresión. Vivo dialogando con la fe y la razón, rogando a cada una de ellas que me brinden los instrumentos idóneos para vivir humanamente. Por eso, para aquellos que creen que su poder es suficiente para doblegarme, se han equivocado. No me impresionan, no hago caso a sus cargos, sus uniformes, sus tramas cobardes..., solo me impresiona el virtuoso, aquel ser que acepta el sufrimiento para hallar la verdad, denunciar la mentira y vivir éticamente. Me impresiona el ser que se esfuerza para no causar el daño a su prójimo, no aquellos que utilizan sus privilegios para ejercer sus egoísmos y deseos narcisistas. El virtuoso, Éste es mi referente, y solamente a él/ella aguardo respeto. Sus propagandas e ideologías me suenan a representaciones teatrales aburridas, por eso no las presto atención. Durante mucho tiempo, me había autoconvencido, enseñarme a mí mismo sobre la poca relevancia de ciertos debates en España y la necesidad de alejarme de ciertas cuestiones, pero ya hago mi lucha, denunciar el racismo jurídico y la violencia policial. El mundo avanza hacia unas prácticas más decentes, instituciones transparentes, la garantía del estado de derecho, luchar arduamente contra el racismo y la impunidad, pero en España, los fascistas utilizan las instituciones y los mecanismos de convivencia para ejercer sus ideologías caducas, promoviendo así la corrupción y el cinismo en el restablecimiento de orden público. Prostituir el Derecho.

De las mentiras policiales y sus violencias, la hipocresía jurídica y societal, nace la violación de las libertades como una cultura asumida. Durante mucho tiempo, los migrantes en este país (sobre todo los afrodescendientes), nos veíamos vejados y desprotegidos, de ahí algunos pensaron que podían seguir con sus prácticas: brutos profesional, cultural y oralmente. Tras años residiendo aquí, nada me sorprende. Conozco la mentalidad colectiva, de ahí no me sorprende observar ciertos comportamientos indecentes. Hoy, más que nunca, sigo creyendo que Ortega y Gasset tenía razón: “España es el problema, Europa es la solución”. La cultura administrativa edificada en la brutalidad, la poca palabra, un racismo camuflado..., no puede sobrevivir. Domina la decadencia. Es mejor que lo sepan, ha de terminar. La impunidad no va a reinar ni nos dejaremos destruir moral y psicológicamente por los racistas patológicos. Si no saben cómo respetar y garantizar el valor de cada ser humano, nosotros los obligaremos a empezar a vernos como personas. Como sigan empeñándose en querer perpetuar sus falacias, nos resistiremos pacíficamente. La violencia engendra la violencia. Les guste o no, habrá una revolución moral de la sociedad, porque sus actos hipócritas no pueden continuar. Sin una reforma política-institucional humanista y una reflexión profunda sobre los males de este país, España terminará en la anarquía, porque nadie va a aceptar la violencia gratuita. Ya lleva décadas germinando paradojas nacionalistas que no es capaz de resolver, ahora me pregunto, ¿cómo pretende gestionar la diversidad social? ¿Aplicando la violencia y la segregación? ¿Tribunales al servicio de la mentira?, etc.

Personalmente, estoy indignado. Reina el amateurismo frente a cuestiones que necesitan el rigor profesional, el comportamiento ético y la tolerancia. Donde domina la *Bobocracia*, el abuso, el engaño y la mentira, se transforman en costumbres sociales. Estos son los males de España: para la mentalidad colectiva, inmigrante-negro es sinónimo de bobo, de ahí te pueden manipular, etiquetar y colgar un pesado collar que luce delitos. “Ah, insulta a España”. El grito de los reaccionarios; pues amo a España más que a todas aquellas bandas fascistas. Se escudan en España para sus proyectos mafiosos. Por haberme formado aquí y deseando el bien del país, invito a una introspección. Las mentiras transformadas en leyes y costumbres son nocivas, y una de esas mentiras es creer que el hombre blanco es superior, que las fuerzas de seguridad pueden violentar y salir indemnes, ya que tienen a su dama cómplice (la Justicia) a su servicio, o porque se cubren mutuamente los delitos cometidos. Los criminales se conocen mutuamente y saben cuáles son sus debilidades mutuas. “España no es un país racista”. Pura falacia. Cabe recorrer las leyes, el funcionamiento administrativo, la psicología social, la paranoia colectiva, etc., para darse cuenta del peso del racismo en las miradas. Este país camina hacia la decadencia porque la mentira se ha transformado en la nueva moral; la mentira domina en todos los ámbitos: político, policial, jurídico, económico... Sin escrúpulos, fabrican mecanismos para frenar a aquellos que reclaman el respeto y los derechos. ¿Cómo esperamos salir de las paradojas cuando domina la negación de una realidad palpable?

La nueva España fascista, moldeada por políticos mentirosos, un sistema judicial racista e instrumentalización del *Lawfare* o guerra jurídica, fuerzas de seguridad formateadas en el racismo, la arbitrariedad, la violencia institucional, etc., crean un escenario violento y de mucha hipocresía. La mentira domina la vida cotidiana en todas las esferas; pero, cuántos son conscientes que deben de actuar con valor, denunciando estas prácticas para construir una sociedad más decente. Los fascistas escondidos debajo de los uniformes, los enchufados que acaparan los altos cargos y mediocres-manipuladores sociales en las esferas de decisión, son los verdaderos enemigos de España y los criminales que merecen ser vigilados, ya que, sus bajezas provocan las violencias y las ganas de venganza. No les daré el gusto de rebajarme a su nivel: cabezas vacías, racistas y adeptos de la mentira. Si creen que sus mentiras nos van a intimidar, se han equivocado. Pueden matar mi cuerpo, pero nunca el espíritu. No tengo miedo, no tenemos miedo. Pueden inventarse casos tras casos, me remito a la voluntad de Dios, porque sé que sus pseudo juicios no podrán nada contra mí. Israel venció al faraón y caminó con Dios, David venció a Goliat, Jesús derrotó la tiranía de su época predicando el amor, y los negros se liberaron de la esclavitud. Yo, también derrotaré sus mentiras con mi constancia. Después, diré: Padre, perdónalos.

Empiezo a pensar que, en España, la Justicia solamente sirve para crear injusticias, y sin importarme cuáles sean sus intenciones, jamás me pienso callar. Si en este país no hay un respeto hacia las personas, llevaré el caso a las instituciones internacionales. Llevo tres años lidiando con problemas judiciales sin que yo haya cometido *un puto delito*. Pido perdón por la utilización de estas expresiones, pero también soy humano, y me han provocado demasiado, y tengo mis límites. Sin vergüenzas. Mi vida se resume en trabajar e investigar, solamente me dedico a estas cosas. ¿Cómo entonces, tengo tiempo para ser violento, llegando al extremo de agredir a un agente? ¿Me quieren radicalizar ahora, es lo que buscan? Estoy harto. Ahora las instituciones me producen asco. Estoy más que harto, y todo lo que rodea el sistema me da asco. No conozco la violencia, por eso escribo

para expresar lo que siento. Ya he alertado, he escrito a todas las instituciones que debo alertar, y algunas han pasado de mí. Tomaré mi responsabilidad. No espero nada de ellas, porque conozco la cultura de la tapadera, la huida de la responsabilidad y los intentos de recriminar al negro como un eterno violento. Que no venga nadie, el día de mañana, tratando de ser hipócrita conmigo. Me pueden matar si quieren, no pienso acatar ninguna sentencia arbitraria, porque no he cometido ningún delito. Si llega a pasarme algo, no hará falta buscar lejos, ya conocéis los responsables de mi drama. Quieren defender la mentira y no pienso participar en su dinámica de colar a las personas unos delitos inventados. Algunos elementos dentro de las fuerzas de seguridad están acostumbrados a mentir y recurrir al uniforme para ejercer sus conductas narcisistas y racistas. El episodio más reciente fue la vejación de un negro en Lavapiés por la policía, cuando éste pedía calma al agente. De no haber existido videos, tratarían de negarlo. Y como en mi caso no existen videos, tratan de negarlo e inventarse una falacia. No es ético, y da asco. Ya basta de utilizar el “poder” para destruir vidas. Por favor, ruego que seamos *Humanos*.

Quieren silenciarnos, humillarnos, pisotearnos..., pero los miraremos fijamente, desmontando sus mentiras y cuestionando sus ritos xenófobos. “Nunca os canséis, nunca os desanimáis”, “el mal nunca es camino hacia el bien”, decía Juan Pablo II al pueblo polaco, tras regresar a su ciudad natal y como un mecanismo para resistir la violencia comunista que imponía las autoridades de la URSS. Con estas palabras, denunciaba las injusticias, las actuaciones de las instituciones sin conciencia, pueblos divididos por las ruinas de una civilización violenta, y, añadido yo, mediante mecanismos estatales edificados sobre la violencia, la guerra, la usura, la extorsión, la devoción al sadismo... perpetran la discordia. Karol Wojtyla, invitaba a sus compatriotas a la resistencia mediante la fe, Mahatma Gandhi y Martin Luther King, promoviendo la contestación a través de la no violencia. Igualmente, invito a mis hermanos y hermanas afrodescendientes e inmigrantes de no tener miedo, ¡nunca! La violencia policial, el cinismo jurídico y administrativo contra los inmigrantes en este país no puede continuar. Ya ha tocado decir, ¡basta! Resistencia política, laboral, jurídica... Defender nuestros derechos en cualquier contexto. Es el único camino para liberar a España de su cultura fascista, de sus demonios. Me rebelo intelectualmente, y lo asumo. “España no es un país racista”, que sigan metiéndose a sí mismos y refugiándose en la hipocresía institucional, si creen que es la vía para preservar sus privilegios contra los llamados “otros”. El nazismo empezó liquidando a los intelectuales judíos para frenar cualquier contestación de sus actos vergonzosos. Hoy en día, observo una caza de brujas contra los intelectuales y activistas negros que denuncian la hipocresía del poder. No habrá silencio, ya se va a oír la voz que denuncia las injusticias y el racismo. De seguir legitimándose la barbarie policial y administrativa, este país corre el riesgo de caer en un poso hondo y oscuro.

En este siglo que llama a mirar a la humanidad con ojos de bondad, la convivencia pacífica, la tolerancia..., en España, tribunales, políticos, fuerzas de seguridad, medios de comunicación, etc., se arrinconan como niños caprichosos en sus prejuicios que llevan a cometer actos amorales; violentan, luego mienten, con la ayuda de las prácticas burocráticas, tapar sus crímenes. Conmigo, no habrá silencio, nunca. Pienso exponer a todos los implicados para terminar con la mala hierba debido a que, para construir una sociedad decente, hemos de afrontar los males y erradicarlos. Uno de estos males es la costumbre de tapar las delincuencias de las fuerzas de seguridad. ¿Puede un agente mentir

en el ejercicio de sus funciones? ¿Es moral? Sé que no lo es, entonces, ¿por qué se empeñan en ocultar los abusos o recurrir a la ley para incriminar a los inocentes, dejando marchar a los verdaderos criminales? Cada vez que recurran al conocimiento amoralmente, sus consecuencias suelen ser trágicas. Cabe mirar los efectos que tuvieron las ideas en la promoción del racismo científico, el genocidio judío y armenio, la esclavitud y la instrumentalización jurídica por los nazis. Nuestra época recurre a prácticas similares, camufladas en la legalidad para torturar (torturas en Guantánamo), leyes discriminatorias, agentes formateados ideológicamente para mentir y manipular los hechos para incriminar a inocentes; políticos mediocres utilizando los servicios estatales para espiar a sus oponentes o montar casos judiciales, intelectuales promoviendo ideas racistas, etc. En fin, la materialización de la decadencia sociopolítica. Se trata de una cadena formada por individuos que se creen superiores en todos los sentidos, de ahí todos los medios han de servir para preservar sus intereses. De esta manera, en vez de servir las instituciones como unos instrumentos al servicio de la ciudadanía, fueron convertidas en brazos armados para castigar, eliminar, confiscar derechos, mentir, dividir, etc. ¿Qué hacer ahora? Resistir pacíficamente, denunciando la violencia institucional.

LOS PECADOS DEL LIBERALISMO-GLOBALIZACIÓN: DECADENCIA SOCIOECONÓMICA Y LA CONFISCACIÓN DE LA DIGNIDAD

1.0 SENTIDO DE LA GLOBALIZACIÓN: VISIÓN ECONÓMICA VS FILOSÓFICA

Dadas las múltiples teorías sobre cuál es el mejor sistema económico y organización política, y siendo la globalización y el liberalismo dos maneras de entender el mundo elaboradas desde las teorías filosóficas en el marco de la modernidad (desde la aparición de la técnica como la base de la actividad socioeconómica y su influencia sobre la marcha del mundo, en particular, las dinámicas internacionales). Desde la consolidación de la técnica-industrialización o su auto-imposición, el libre comercio y la superación de las fronteras nacionales con el surgimiento de las organizaciones subregionales, se ha hablado de una nueva fase en la historia de la humanidad: el encuentro de los pueblos mediante el comercio, el intercambio de la información, la colaboración militar y cultural, la libre circulación del capital financiero, etc. De ahí siendo las actividades económicas las dominantes y la globalización el mecanismo que facilita el libre movimiento del capital, y estudiando sus efectos negativos y positivos, surgen voces detractores y defensores de la dinámica que genera, creando así un debate tendencioso-reduccionista en torno a la cuestión entre grupos de intereses e ideologías. Alejándonos de las tesis ideológicas (derechas e izquierdas, progresistas y conservadores, etc.), sino que, siendo el *Hombre* el centro de nuestra reflexión, tratamos de evaluar la cara oculta del liberalismo-globalización en nuestra época, sobre todo en la amplificación de la pobreza, las desigualdades, la destrucción de las sociedades premodernas, el descontrol y los abusos de la actividad económica (multinacionales), la destrucción ambiental, etc.

¿Qué es la globalización? Abordado desde una perspectiva léxica, es decir, su sentido en términos diccionarios, diríamos que, se trata de una idea de *globalizar*, es decir, extender las acciones gubernamentales, institucionales, comunitarias, etc., más allá de sus fronteras nacionales, y reposa en la comunicación e interdependencia entre estos actores. El elemento central universalizado es la libertad de acción y de movimiento. Aun así, visto desde las ciencias humanas, la globalización tiene múltiples sentidos, a pesar de que tendemos a reducirla a las cuestiones económicas puramente (entre los analistas, sociólogos, filósofos, politólogos, etc.); o sea, para la mayoría de las personas, globalización es sinónimo del desarrollo de una actividad económica a nivel interestatal (libre comercio, movimiento del capital), de ahí las críticas a la globalización suelen partir de los errores e injusticias cometidas por el capital financiero y las decisiones políticas que la acompañan. Si desde las humanidades es analizada con ojos sospechosos, similar a la postura de la Escuela de Fráncfort que elaboró unas críticas a la modernidad y la técnica al servicio de la barbarie nazi; los reproches de Pierre Bourdieu a la globalización, el análisis de Terry Eagleton sobre la cultura global, la *sociedad-modernidad líquida* de Bauman, etc.; no todos ven desgracias en los mecanismos de la globalización, sino que, existen aquellos que exaltan sus beneficios (Bhagwati, 2005). Para los defensores de la globalización, por ejemplo, Bhagwati (2005), economista-universitario, su análisis sobre el tema se podría resumir en lo que llama la “globalización económica”, es decir, una “globalización económica supone la integración de las economías nacionales en la economía internacional mediante el comercio, la inversión extranjera directa (por parte de las empresas y las multinacionales), los flujos de capital a corto plazo, los flujos internacionales de trabajadores y recursos humanos en general, y los flujos de la tecnología” (2005:19-20).

Éste niega los reproches a la economía neoliberal como principal responsable de la pobreza, de los males de la sociedad contemporánea y la destrucción ambiental, y llama a las voces que denuncian las prácticas neoliberales-capitalistas como defensores de ideologías y adeptos de una “gigantesca incongruencia” (2005:21). Para él, los factores son otros y no la globalización como tal. Responde a los que llaman injustos el sistema económico e hipocresía sus valores, argumentando que la liberalización económica es benéfica, y las voces que acusan al sistema económico como responsables de los “males” de la modernidad suelen realizar una batalla mediática antes que defendiendo ideales “críticas coherentes”, y “estas manifestaciones son, ante todo, una inteligente guerra de guerrillas. [...] Estas creencias y alegaciones son una sarta de tonterías” (2005:22). Contraria a su tesis, y distanciándome de los extremismos ideológicos, creo que la globalización no tiene un rostro humano (“*Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro*” (Sal 26, 8-9); “*No tenía figura ni belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado*” (Isaías 53, 2-3)); a la globalización, sobre todo la económica y geopolítica, le falta la sensibilidad para captar el drama que surge de sus mecanismos; la modernidad-técnica no utiliza sus avances para aliviar el drama y la miseria humana, ni sus actores tienen la valentía de Verónica, la mujer que limpió el rostro de Jesús en su camino a Gólgota (Lc 23,27) (cf. Mc 5,25-34; Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, I, 13, 1-11; Aurelio de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos*, 2006, pp. 260-265). La globalización económica promueve la cultura de la indiferencia y la complicidad cínica vía la explotación.

La sobre tecnificación de las actividades humanas, acompañadas del descontrol humano y legislativo, han empujado a muchos a realizar una vía crucis cotidianamente, no en sí como sucedía en Gólgota, donde en la época las personas esperaban la muerte más deshumana, sino que la moral económica moderna, condena a los “extranjeros” en su imperio y los sitúa en los *limes*, similar al comportamiento de los romanos con los bárbaros, así llevándolos a lidiar con la miseria y las injusticias. Utiliza sus fuerzas para desangrar a los rostros ya condenados a la exclusión, al igual que los soldados romanos que picharon el costado de Jesús con sus lanzas; éstos, inconscientemente, veían sus actos como un juego-apuesta, y analógicamente, el capitalismo moderno utiliza las vidas humanas como una apuesta o el afán de satisfacer los caprichos de la economía, similar a Salomé que, tras consultar a su madre Herodías, pidió la cabeza de Juan el Bautista al rey Herodes, tras satisfacerle con sus bailes sensuales, porque el profeta desaprobaba su matrimonio con el rey, debido a que la ley judía prohibía esposar la mujer del hermano de uno: «Es contra la ley de Dios que te cases con la esposa de tu hermano». Esclavizado por el placer y el ambiente festivo del banquete, dijo Herodes a la joven bailarina - «pídeme lo que quieras y te lo daré»-; manipulada por la madre y priorizando su ego por encima del comportamiento ético, pidió ella: «Quiero en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista». Satisfechos ambos, solicitaron la cabeza del profeta (Mateo 14:1-12; Marcos 6:14-29; Lucas 9:7-9). De modo similar, el capitalismo seduce mediante el consumo y los objetos materiales, luego decapita sin piedad; los incapaces de participar en sus banquetes son *asesinados*. La suerte de Juan el Bautista es la misma que viven millones de seres humanos “asesinados” simbólicamente, moral y físicamente, por los que no cesan de organizar banquetes a costa del bienestar colectivo. Por eso, creo que los mecanismos de la globalización económica constituyen unos medios para facilitar estos tipos de crímenes, y la globalización como tal (la conexión de la humanidad, humanidad sin fronteras ideológicas) no constituye un problema. En lenguaje kantiano, podríamos decir que es un medio, de ahí hemos de situar las críticas a la globalización en el uso que hacen de ella.

Analizando la cuestión “Globalización” desde un prisma filosófico, Sloterdijk, (2005/2007) parte de las consecuencias histórico-filosóficas de la actividad socioeconómica de finales del siglo XX e inicios del XXI, argumentando que, lo que se elogia o critica como globalización, no es otra que el fin de una era e inicio de una época posglobalización. En esta época (fase final de la globalización), el capitalismo se presenta como el motor o elemento que condiciona la vida (las circunstancias). Ya no es el Yo orteguiano y sus circunstancias que elaboran la historia-biografía, más bien la economía resumida en intrahistorias -distinta de la visión unamuniana- controladas por los poderosos condiciona las preferencias, las nuevas identidades, los valores, las cosmovisiones, y, sobre todo, el sentido de la vida, y nos obliga a adaptarnos a sus exigencias. La globalización (capitalismo / libre mercado desregulado) crea un mundo que en sí es invisible, pero que moldea el patrón social, y sus límites resultan insuperables desde el exterior. Dicho esto, ¿qué ha generado la modernidad-globalización? Hizo desaparecer todas aquellas ideas pasadas que servían de referencias sociopolíticas como inservibles y obstáculos para materializar los objetivos de las máquinas, sobre todo la brutal superación de la metafísica y sus planteamientos sobre el globo, el hombre, etc.

Desde Galileo Galilei, Copérnico, Kepler, etc., los humanos han venido abandonando las viejas “verdades” por otras nuevas. En el campo científico, estas ideas permitieron

desarrollar un avance progresivo de la ciencia y brindar explicaciones más coherentes sobre los fenómenos naturales, de ahí Thomas Kuhn hablaba de *paradigmas* para denotar cómo cada época acepta unos valores, técnicas y creencias sobre las que apoya la producción científica (*La estructura de las revoluciones científicas*, 1962). La ciencia no avanza porque sí (autónomamente), sino que, los paradigmas son el resultado de un movimiento que consiste en rupturas y discontinuidades: crisis y revoluciones científicas, diferente de la visión continuista y acumulativa de Karl Popper. De la misma manera que la teoría de Kuhn creó una revolución científica en la Historia de la Ciencia, similarmente, el planteamiento económico moderno ha alterado los patrones anteriores. Pero a diferencia de la tesis de Kuhn, que cree que la actividad científica se hace pensando en los valores de la época, la economía moderna se vacía de los valores, las creencias, etc. Paradójicamente, prioriza como paradigma la ganancia y la libertad de comerciar.

Por eso, decía Sloterdijk (2005/2007) que, la globalización ha alterado el pensamiento, los patrones, la noción de *globo* (tierra), etc. “En un amanecer, que duró siglos, fue apareciendo la tierra como el globo único y real, fundamento de todos los contextos de vida, mientras casi todo lo que hasta entonces valía como cielo acompañante, lleno de sentido, se fue vaciando. Este hado fatal de la Tierra, generado por prácticas humanas, acompañado de una des-realización simultánea de las esferas numinosas, antes vitales, no proporciona sólo el mero trasfondo del acontecer que hoy se llama “globalización”, sino que constituye el drama mismo de la globalización. Su núcleo está en la observación de que las condiciones de inmunidad humana se transforman de raíz en la Tierra descubierta, redificada, singularizada” (2005/2007:21-22). Se pregunta sobre el fin o sentido de la globalización, y argumenta que, *Globalización* saca su raíz (*globo*) de un sustantivo e idea simple que vendría a ser, “cielo de los antiguos y la Tierra de los modernos” (2005/2007:24). Su adjetivación lleva a nombrar las cosas globales, y para los anglosajones, implica “*to globalize*”, siendo así la base justificativa de la globalización, o hacer global unas ideas, valores e intereses occidentales, de igual manera que Barack Obama consideraba la democracia americana universalizable, o las instituciones internacionales que pretenden universalizar el modelo neoliberal; Donald Trump, con su *America First*, EE. UU., como creador de la moral universal. Sin dejar de lado estas explicaciones, Sloterdijk, (2005/2007: 25) también considera que la globalización es una “expresión [que] tiene la ventaja de acentuar el matiz activo del acontecer actual del mundo: si sucede la globalización es siempre por operaciones con efectos en la lejanía”.

Frente a los que limitan el sentido de la globalización a cuestiones políticas, económicas, sociológicas y policiales (lucha contra el crimen organizado), éste cree que la globalización es ante todo el acto de “mensurar” las ideas desarrolladas sobre el cosmos (que inició en la antigüedad) y la racionalización de las estructuras o cosmologías con el fin de expresar una totalidad (abarcar todo). Mediante la alianza cristianismo-capitalismo (cf. *ética protestante*, planteamiento de Max Weber, en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905)), y su implantación vía el colonialismo, paso a significar un *Sistema* (*weltsystem*) que indica la manera moderna de organizar el mundo, las relaciones interestatales, etc., y pasando a ser así una especie de universalismo, ya que abarca a todos los pueblos y que podemos situar su génesis en 1492 con el descubrimiento de América. Para argumentar sus tesis, Sloterdijk elabora tres fases de la globalización: la globalización cósmica-urania (era antigua, donde lo primordial era la reflexión sobre el

centro/cosmos), la reflexión sobre el *Ser* (cf. Parménides, Aristóteles y Heidegger); después la globalización terrestre que dio comienzo a inicios del siglo XV, mediante la navegación marítima, las rutas comerciales y la cristianización de los pueblos no europeos; y la última fase, la globalización electrónica, que es el dominio de la información y la comunicación en redes. ¿En qué se diferencian las tres fases? Dice:

“Los tres grandes estadios de la globalización se distinguen, pues, en primer término, por sus medios simbólicos y técnicos: constituye una diferencia de época que se mida con líneas y cortes una esfera idealizada, que se dé la vuelta con barcos a una esfera real o que se hagan circular aviones y señales de radio en torno a la envoltura atmosférica de un planeta. Constituye una diferencia ontológica que se piense en un cosmos que alberga en sí el mundo de esencias en su totalidad, o en una Tierra que sirve como soporte de configuraciones diversas de mundo. [...] Con el establecimiento del sistema monetario internacional basado en el patrón oro, por Bretton Woods en el año 1944, la globalización terrestre puede considerarse cerrada; pero, como muy tarde, ha acabado con la instalación de una atmósfera electrónica y un *environment* de satélites en la órbita terrestre durante los años sesenta y setenta del siglo XX. En el mismo movimiento se incluye la disposición, por muy titubeante que sea, de tribunales internacionales: esos puertos de la justicia, desde los cuales los delitos cometidos por todo el mundo regresan a sus autores” (Sloterdijk, 2005/2007:27-29).

Nuestro análisis se limita a la globalización terrestre o la tercera fase definida por Sloterdijk, y es en este marco que se producen los juegos geopolíticos, estratégicos, financieros, etc., para controlar los recursos vitales. Para ilustrar sus paradojas, sobre todo las incoherencias del sistema internacional, cabe mirar el mutismo de la comunidad internacional ante el “genocidio” cometido por Israel contra los palestinos. Da la sensación de que los humanos no aprenden de la Historia, porque el pueblo que en el siglo XX fue víctima de la barbarie nazi, llegando a sufrir la deshumanización, utiliza en la actualidad los intereses sionistas para erradicar a toda una comunidad de su hábitat histórica. A pesar de las iniciativas promovidas por Sudáfrica (antes terreno del apartheid, y ahora defensor de los derechos humanos) ante la Corte Internacional de Justicia por las violaciones de Israel de la Convención sobre el genocidio (1948) y los derechos humanos (29 de diciembre de 2023), y la Corte considerando de manera provisional posibles casos de genocidio (26 de enero de 2024), la reacción de los demás países, sobre todo la doble moral de Estados Unidos, nos lleva a preguntarnos sobre la eficacia de los mecanismos internacionales -Derecho Internacional Público- para prevenir los conflictos y cómo resolverlos. Parece que la ley, solamente se ha de aplicar cuando se peligran los intereses de los países desarrollados o contando con el beneplácito del gendarme americano. ¿Se atrevería Israel a cometer los crímenes de los que es acusado si no hubiese contado con el apoyo militar-financiero americano? ¿Podemos hablar de instituciones políticas internacionales cuando *encarnan un poder sin el poder*, ya que son imposibles de hacer respetar la ley? Quizás son cómplices en ciertos contextos (los errores de las Naciones Unidas durante el genocidio en Ruanda), o hemos de considerar la actuación de Sudáfrica (y también las denuncias de Gambia vs Myanmar, el 11 de noviembre de 2019, por el genocidio contra los rohingya o la “operación de limpieza” perpetradas entre 2016-2017 por las fuerzas de seguridad (Gobal Justice Centre, 2019)) como la búsqueda de un prestigio diplomático en vez de una franca urgencia de resolver la crisis palestino-israelí.

Más allá de las respuestas, lo cierto que, la dinámica de la globalización terrestre e informática consiste en la invención de tensiones geopolíticas, crisis económicas

recurrentes, epidemias transfronterizas, crisis ambiental, y ahora lidiamos con tensiones híbridas, crimen transfronterizo (terrorismo, narcotráficos) y noticias falsas (explotadas por nacionalistas para generar problemas sociales). ¿Cuáles son las características de la globalización terrestre? Si utilizamos el reino animal para ilustrarlo, diríamos que la globalización-capitalismo representaría el camaleón, debido a que tiene muchos rostros y va apareciendo según sus intereses o las necesidades del momento. De ahí la globalización (libre circulación del capital e inversiones privadas) es una máscara, un objeto que tapa el verdadero rostro del hombre moderno (las miserias y disfunciones de las sociedades). Crece la producción industrial, mueve libremente el capital, aumenta la riqueza..., aun así, no cesan las trágicas escenas de un teatro no ya homérico, sino industrializado, donde los dioses no hablan con los humanos, sino que el sacrificio consiste en destruir en grandes proporciones. De esta manera, se crea una dinámica marcada por el dominio de las fuerzas no elegidas (el poder del dinero) y debilitamiento de la soberanía: el mercado orienta las decisiones y no son las orientaciones políticas las que establecen los límites del mercado. Pasamos así a tener como culto el placer, y el modelo occidental transformándose en los nuevos demonios que agitan y asustan a los humanos. Ya los demonios no aparecen vestidos o traumatizando como decían los imaginarios colectivos medievales, sino que, lo fabricado en sí, es el nuevo demonio adornado, seduce al hombre para romper las reglas éticas y metafísicas: sobreproducción significa consumismo anárquico. Siendo esta nueva *demonología* la formulación del capitalismo; la religión del dios económico rechaza las penitencias, huir de la costumbre o prácticas de absolución para salvarse de las tentaciones, más bien el culto genera una nueva sociedad que posiciona la “propiedad” en el centro.

De ahí observamos un nuevo paradigma religioso, y si hacemos caso a Walter Benjamín, pasamos de reflexionar sobre Dios (centro del pensamiento medieval: la existencia de Dios y el lugar del hombre en el cosmos) a tener que explicar el “capitalismo como religión”, siendo el consumismo el nuevo opio del pueblo, y para satisfacer la dosis, hay que violar la Ley, la Ética, la Tradición, el Decálogo... Karl Marx veía a la religión como el *opio del pueblo*, pero no supo ver la transformación del modelo productivo en una nueva religión; ni siquiera Sigmund Freud se dio cuenta de que, en la edad moderna, hermenéuticamente hablando, el verdadero sentido del complejo de Edipo consiste en la matanza de la religión tradicional o las formulaciones metafísicas para sustituirlas por el apego a la economía. El hijo desea matar al padre para quedarse con la madre, no en sí por un amor a la madre, sino gozar del cuerpo materno: los bienes facilitados por la industria. De ahí ante el padre (la ortodoxia religiosa-moral) que predica una moral considerada rígida, la armonía hombre-naturaleza, etc., el Edipo/Caín moderno, mata al padre/hermano para estar satisfecho. De esta manera, siendo ya la economía la nueva religión, no se salvan las creencias anteriores, sino que son debilitadas o cuestionadas ferozmente, y llegamos al contexto en el que el dinero inunda la fe y los planteamientos teológicos son realizados según el marco económico.

Cabe mirar la dinámica de las nuevas iglesias en Estados Unidos, América Latina, África..., donde las iglesias se parecen a empresas que generan enormes cantidades de dinero, pastores enriquecidos, o sus fieles invitados a abonar el diezmo para el gozo del pastor. Otras iglesias interpretan de una manera fundamentalista los mandamientos de la ética protesta; para obtener la gracia de Dios, uno ha de salir de la pobreza. El discurso

teológico no se focaliza en la salvación de las almas, sino cómo salir de la pobreza y alcanzar beneficios materiales; la utilización de las nuevas redes de información para el proselitismo, la competición por los fieles (mayores adeptos, más recursos económicos). ¿Es responsable la globalización de estos fenómenos o son los resultados de unas evoluciones sociológicas condicionadas por la dinámica neoliberal? Lo cierto es que, tanto la religión, la política, la academia, etc., están sometidas a la voluntad del dinero: un materialismo posmaterialismo histórico.

“El espacio interior del mundo del capital no es un ágora ni una feria de ventas al aire libre, sino un invernadero que ha arrastrado hacia dentro todo lo que antes era exterior. Con la imagen de un palacio del consumo de alcance planetario puede someterse a discusión el clima excitante de un mundo interior de mercancías integral. En esta Babilonia horizontal la condición humana se convierte en una cuestión de poder adquisitivo, y el sentido de la libertad se manifiesta en la capacidad de elegir entre productos del mercado, o de producir uno mismo tales productos” (Sloterdijk, 2005/2007:30).

A pesar de estas paradojas de la era moderna-posglobalización, por ejemplo, el unilateralismo geopolítico que anima las guerras e invasiones militares para demostrar el dominio militar-económico, la indiferencia ante la pobreza lejana, la destrucción ambiental y la tímida reacción de la diplomacia ambiental, una economía reposada en energías fósiles que genera riesgos y contaminación, la domesticación o balcanización voluntaria de las sociedades a favor de unas garantías consumistas..., Sloterdijk observa cosas beneficiosas en la globalización terrestre. Para él, la globalización permitió la creación de una historia universal (no el universalismo hegeliano y eurocéntrico, Europa como el centro del mundo, sino una historia que engloba las distintas culturas). En este sentido, argumenta: “Ella es, como quiero mostrar, el único espacio de tiempo en la vida de los pueblos que mutuamente se descubren, alias “humanidad”, que merece llamarse en un sentido filosóficamente relevante “historia” o “historia universal”” (2005/2007:31).

2.0 UN MODELO ECONÓMICO INCOHERENTE

En los inicios de la humanidad-civilización, el hombre empezó su construcción identitaria tejiendo su historia particular marcado por el ambiente, caminando y explorando el entorno que percibía, y que posteriormente dominó mediante la utilización del fuego e instrumentos sofisticados. Empezó divagando y habitando las cuevas, también migrando hasta su instalación en los territorios que posteriormente dieron paso a las distintas civilizaciones humanas. Sin embargo, en el seno académico y religioso, este proceso migratorio o el origen en sí del hombre, generó intensos debates entre los defensores del creacionismo y el evolucionismo: para los creacionistas, el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, situado en el paraíso e invitado a poblar la tierra. Fue a raíz de su desobediencia que surgió su expulsión-tragedias y el mal (sentido religioso), y habitó la tierra multiplicando sus descendientes, quienes a su vez se dividieron en diferentes comunidades que han originado las diferentes sociedades humanas actuales (cf. relato Torre de Babel); en cambio, argumenta el evolucionismo-darwinismo, que el hombre es el resultado de un proceso evolutivo. Más allá de este debate que sigue su curso y alimentando las distintas cosmovisiones e ideologías enfrentadas (antropologías), lo cierto es que, podemos considerar que casi todas las comunidades surgieron de pequeños núcleos familiares (clanes, tribus, asentamientos) que fueron expandiéndose hasta su constitución en naciones (Estados).

Aparte de la explicación religiosa y las cosmovisiones (filosofías y teologías locales), durante milenios la base de la identidad era la familia, el clan, la tribu, la comunidad, la nación, etc. De ahí con la construcción del Estado-nación (siguiendo criterios románticos) y la evolución sociopolítica de finales del siglo XVIII, la identidad pasó a justificarse en base a la *nacionalidad* (*Ciudadanía*, a partir de la Revolución francesa) antes que los criterios familiares como solía darse. De esta manera, pueblos que anteriormente se definían en función de sus realidades clánicas-tribales, pasaron a verse como miembros de una Nación (un grupo lingüístico, aquellos que comparten la misma cultura y religión, rasgos físicos, etc.), y se dio paso a una fragmentación de la especie humana en particularismos raciales, culturales, lingüísticos, ciudadanos de un Estado, etc., que habitan un territorio que llaman su nación (siendo la justificación del nacionalismo). Durante décadas, la dinámica sociopolítica giraba en torno a esta realidad, hasta el extremo de que motivaba las guerras e influenciaba las relaciones entre las comunidades. Mientras que evolucionaba la política heredada del modelo griego-romano y la teología política medieval, donde el poder estaba centrado en manos de los gobernantes (reyes), también la economía (industrialización de finales del siglo XVIII, sobre todo en Inglaterra e instalación de los reformistas cristianos en Estados Unidos) imponía su realidad: la mecanización de la producción introdujo una nueva manera de producir y consumir, de percibir el entorno, reconfigurar la actividad humana, impulsó las migraciones hacia las grandes urbes y nuevos problemas socioeconómicos, obligó el comercio entre las naciones, la consolidación de las rutas marítimas y las competiciones entre los actores.

Si por un lado, la industrialización permitió el enriquecimiento de las naciones europeas, por el otro, el crecimiento económico brindaba más poder a los dueños del capital, dando así paso al debilitamiento del poder político que se consumió en el siglo XX mediante la muerte del “Estado-nación” (las fronteras nacionales) y el libre mercado impuesto por la globalización, es decir, la libre circulación del capital financiero y la posibilidad de trasladar las empresas hacia el sur global, huyendo de altos impuestos y las presiones sindicales en el norte global. Pero, cabe recordar que la rentabilidad y el enriquecimiento de los estados-inversores no empezó con la utilización de las máquinas, sino que, desde el inicio de la trata de esclavos hasta su abolición (siglos VX-XIX), muchos europeos consiguieron amañar grandes fortunas por medio de la comercialización y el trabajo forzado de los esclavos sacados del continente africano. Una vez erradicada la esclavitud, la clase trabajadora pasó a ser la nueva clase oprimida mediante unas condiciones laborales inhumanas en el marco de un contexto social en el que las jerarquías dependían del poderío económico (adueñarse del capital). Fue en este contexto -la Inglaterra victoriana que Marx y Engels, describieron las nuevas dinámicas sociopolíticas generadas por las máquinas y que desfavorecían a la clase obrera, ya que dejaron de ser considerados personas y pasaron a ser vistos como generadores del capital-riqueza de la que no se beneficiaban-; surgieron las bases de una economía que busca liberarse del control estatal.

Desde entonces, el capitalismo, y apoyándose en las teorías de Adam Smith (la ley de la oferta y demanda), lleva imponiéndose, no solamente como un modelo económico (el liberalismo económico), sino también, como una doctrina social, valor cultural e ideología: se argumenta a favor de la no intervención ni un control estatal sobre las actividades económicas, más bien dejar que el mercado siga sus normas anárquicas y abusivas. Lejos de autocontrolarse, el capitalismo aprovecha las incoherencias políticas

para consolidar sus intereses. De ahí cuando el fordismo inició su programa de deslocalización de las empresas para agilizar la producción y ahorrar en costes mediante una producción en cadena, muchos aprovecharon la idea para dismantelar la seguridad laboral conseguida en el norte vía las luchas obreras y trasladar el pulmón de la producción mundial hacia los países en vías de desarrollo, países en los que no se respetan los derechos humanos, la dignidad ni se garantizan unas condiciones laborales decentes. Al contrario, apoyándose en el fordismo y las bases de las Sociedades de Naciones (la alianza entre los pueblos), los actores económicos formularon la *Globalización*: la teoría que argumenta la necesidad de unir los pueblos y erradicar las barreras físicas, ya que los humanos forman una aldea global. Para los teóricos de la globalización, los humanos forman una sola humanidad, por lo que, han de estar conectados tanto cultural y económicamente. Teóricamente, sueña a una idea relevante, pero en la práctica, se establecen mecanismos para debilitar el contacto entre los pueblos y privilegiar la circulación del flujo económico, sobre todo para los inversores y los intereses del norte global por encima del bien común de los distintos pueblos.

El capital mueve libremente, y no así con las personas. Y a pesar del avance tecnológico que ha contribuido a unir los pueblos y acercar la información (internet, redes sociales, etc.) y cambiando algunos patrones sociales e influenciando nuevas y complejas dinámicas psicológicas, lejos de construir una *aldea global* en su sentido estricto (el cosmopolitismo), diríamos que la globalización se ha convertido en una utopía (quizás, incluso menos coherente que la utopía de Tomás Moro), debido a que prioriza la economía por encima de las personas. Lejos de satisfacer las promesas que traía bajos sus brazos, la técnica moderna -aunque no niego su importancia en la mejora de muchos campos a lo largo de estas décadas, en particular la medicina, las comunicaciones, etc.-, lo cierto es que, cada vez que genera una oportunidad, paralelamente, introduce nuevos problemas de índole sociales, ambientales, jurídicos, etc. Y desde el inicio de la revolución industrial hasta la actualidad, los mismos problemas que observaba Karl Marx siguen dándose en diferentes ambientes, y me atrevería a decir, más complejos todavía. Porque si se presenta la industrialización (libre mercado y desregularización de las actividades económicas y sus abusos) como el elemento necesario para generar la riqueza y sacar a la población de la pobreza, la cara oculta de la moneda consiste en descubrir que, en términos socioeconómicos, si la industrialización genera una densa actividad económica, también da paso a megápolis contaminadas con injusticias y barrios marginados. Hoy, la globalización impone como dinámica la deslocalización de las empresas hacia el sur global, y en este proceso, destruyen los empleos en el norte y generan la explotación en el sur, el acaparamiento de sus recursos bajo costes ínfimos y favoreciendo la corrupción.

El descontrol de la industrialización y la actividad económica tiránica -ojo, no defiendo la regulación autoritaria de la política sobre la economía o un proteccionismo ideologizado, sino la promoción de una actividad responsable y guiada por la ética- han creado muchas paradojas: pobreza, libre circulación de flujos ilícitos, explotación humana y abusiva de los recursos naturales, llegando al extremo de expulsar a pueblos ancestrales de sus territorios con el único fin de explotar sus recursos, la maquinización del cuerpo humano, la priorización de la producción por encima del bienestar emocional y física, etc. En definitiva, se trata de un modelo que incentiva comportamientos excesivos-narcisistas y una nueva aplicación de una guerra de unos contra otros mediante el consumo y la

producción industrial, es decir, el hecho de considerar que disponemos de todo en abundancia y que podemos utilizar el medio según nuestros intereses, de ahí fomentamos una existencia contraria a la visión defendida por Jacques Ellul: *La ética de no-poder*; o sea, aun pudiendo utilizar los medios técnicos a nuestro favor, evitarlos para crear el menos daño posible, y viendo que estamos sumergidos en una era *super-tecnificada*, no dejarnos invadir por la técnica, sobre todo considerando que la economía instrumentaliza la técnica para dominarnos (Roure, 2016). Deberíamos de aprovechar el contexto técnico-económico para replantear la idea de *Hombre*, las prioridades, nuestro lugar en el mundo, el sentido de nuestras acciones, etc., y no dejarnos moldear por los caprichos de una técnica-economía insatisfecha que constantemente solicita *sangre* y sudor.

La globalización sitúa la economía en el centro y condena al hombre en las periferias, de ahí en vez de ser el avance tecnológico una “salvación” para el hombre, su liberación de los caprichos del destino (la pobreza, enfermedades, etc.), se ha convertido en una carga muy pesada. Contrario a aquellos que la presentan como una *Buena nueva*, observando sus paradojas, me posiciono (de una manera pesimista y prudente) en contra del discurso socioeconómico y político que nos presenta al liberalismo económico como la suerte del hombre moderno. A estas alturas, aquellos que llevan siguiendo mis reflexiones se habrán dado cuenta de que me sitúo por encima y lejos de las divisiones ideológicas (derechas e izquierdas); me preocupo por el *Hombre (Humanus)*: el Hombre es mi problema, y sus realidades me impulsan a reflexionar. Por lo que, cuando analizo las paradojas de la globalización, no lo hago como un anárquico, insatisfecho con el “sistema”, frustrado, etc., más bien, observo cómo un modelo que pretendía contribuir a generar bienestares para todos los humanos se ha transformado en una fuente de desgracias, sea para los individuos como para las comunidades, y en vez de cuestionarlo como un modelo incoherente, parece que las sociedades se han resignado, porque el monstruo económico se presenta imparable. Cada vez que intentamos diagnosticar el modelo económico liberal y sus fallos, se presenta ante nosotros con un nuevo rostro, un nuevo carácter que roza el capricho y la irresponsabilidad, siendo causante de múltiples crisis económicas y sociales; peor todavía, ya no se limita a explotar al hombre, sino que también, coloniza y desmantela la naturaleza para rendir culto a la ganancia y satisfacer una moda consumista.

La dinámica de la actividad económica contemporánea consiste en comercializar con riesgo (orienta las Bolsas o mercados financieros en las grandes ciudades a través el mundo, donde prima la especulación); hacer economía es sinónimo de un juego de azar-apuestas, lucha de egos y se intenta justificar como pragmático cuando no se distancia de una “cultura agresiva” (Sloterdijk, 2005/2007:71). Estas maneras fueron generadas por las prácticas expansionistas agresivas de los europeos desde el siglo VX hasta el presente, sobre todo mediante una brutal competición entre las potencias de la época para ocupar los territorios conquistados y explotar sus recursos; cabe mirar la actuación de los Boers contra los zulús en Sudáfrica, matando y obligándolos a abandonar sus tierras ancestrales, y la postura de los españoles en el nuevo mundo, matando a los indios, hecho que el propio Bartolomé de las Casas denunciaba. Los tiempos han evolucionado y algunas prácticas fueron olvidadas al ser inaceptables moralmente, pero el trasfondo de su existencia sigue vigente. Esto me lleva a considerar que la mayoría de las prácticas económicas (multinacionales) liberales y actuales, nacieron de esta cultura de violencia y acaparamiento, y que la globalización (su dimensión económica), es una expansión del

sadismo a nivel global y la reformulación del colonialismo mediante prácticas menos esclavistas, pero que persiguen la ganancia y el beneficio: “Hay que confiscar la riqueza de los salvajes y explotarla”. Así hablaban los colonos en el pasado, y en la actualidad, no se plantea de esta manera, pero se producen hechos que justifican lo afirmado.

Para Sloterdijk, la mayoría de las prácticas económicas actuales nacieron de estos contextos: “Debido a este modo de proceder administrativo-económico, el recuerdo de los intereses que hay que pagar dentro de un plazo determinado se traduce en hazanas prácticas e inventos científicos. La empresa es la poesía del dinero. Así como la miseria vuelve inventivo, el crédito vuelve empresario” (2005/2007:71). Tanto, durante los primeros contactos de los europeos con los pueblos colonizados como ahora, el fin perseguido es el botín, la fortuna y la gloria (antes, del rey, o el noble que financió la expedición; ahora, del empresario o los inversores). En este marco, durante la era colonial, para satisfacer la producción en las metrópolis europeas, las administraciones coloniales obligaban a los nativos (más en los territorios franceses) a cultivar según lo demandado. De esta manera obligaron a países como Senegal a especializarse en la producción de cacahuetes, cacao en Costa de Marfil, etc., que posteriormente exportaban a Francia. Esto generó unas repercusiones socioeconómicas que contribuyeron a crear una dependencia del exterior, la inseguridad alimentaria dadas unas dietas concentradas en productos limitados, etc. Y tras sesenta años desde las “independencias” ficticias y gestionadas desde el exterior, la mayoría de los países africanos siguen exportando los productos de primera necesidad, como consecuencias de las políticas económicas coloniales que desmantelaron los modelos precoloniales. Actualmente, mediante los acuerdos comerciales, inundan los mercados locales con productos subvencionados y dificultan la productividad del sector agroeconómico local. Si sumamos a estos desafíos, la instalación de las multinacionales por las ventajas fiscales y la destrucción de empleos, nos preguntamos si la globalización ha venido para crear o resolver los problemas.

Consecuencias del capitalismo: los *Tiempos líquidos* que describía Bauman (2007), han producido una confrontación entre el “ciudadano” y las fuerzas del mercado, llevando así a una alteración del sentido de la “soberanía” y la “legitimidad” que emanan de la voluntad colectiva, sobre todo la legitimidad de aquellos que gobiernan. Paradójicamente, se ha confundido la legalidad y la legitimidad, en el sentido de que, actualmente, los gobernantes tienden a adoptar medidas que desfavorecen a la población, justificándose en la legalidad y negándose a considerar la legitimidad de sus acciones, en particular, aquellas que afectan las aspiraciones de la sociedad. Esto hace que, se ha adoptado como “costumbre” la priorización de los intereses del capital por delante de los sueños de la comunidad, personas a las que los decisores dicen representar. De ahí hemos pasado del ciudadano al sujeto consumidor, para quien lo valeroso reside en su capacidad de consumir, llevándole a hipotecar sus derechos fundamentales. Por estos factores, el tiempo presente no favorece a los ciudadanos debido a que han priorizado el mercado, los fondos buitres, etc., por encima de la persona humana. Cabe mirar el contexto de la crisis económica de 2008, cuando tras las actuaciones irresponsables de los bancos, millones de seres humanos fueron obligados a visitar las calles de la pobreza y la miseria, y mientras que éstos sufrían, los directivos de las bancas se auto-compensaban con sumas estratosféricas: se priorizó la salvación del mercado por delante de las personas, amplificando así la crisis socioeconómica y política en el sur de Europa.

La modernidad (tecnificación / globalización económica) mediante su imposición de un sistema de producción desnaturalizante, egoísta y narcisista, ha desnaturalizado al hombre, y a pesar de que se percibe a sí mismo como “dios”, por haberse adueñado de la técnica y distanciándose de las teorías metafísicas, todavía no ha escapado de la tiranía del estado natural (los deseos egoístas y sus deseos de dominar). De ahí para poder ser un *Ser pleno* (que habita el espacio y orienta sus acciones según el tiempo), si lo analizamos desde un enfoque existencialista, diríamos que se trata de un ser que pretendía dominar el espacio y el tiempo mediante la técnica y la producción, y que terminó siendo esclavo de sus egoísmos que no le permiten distinguir lo racional y lo emocional, lo ético y lo amoral. De manera que, además de afirmar esto, deberíamos de tratar de resolver la pregunta planteada por Bermudo (2010:10): “¿Cómo recuperar la naturaleza humana, el “alma humana alterada en el seno de la sociedad por mil causas perpetuamente renovadas”?” También pregunto yo: ¿Es recuperable el ser humano, ha de volver a los valores pretécnico o debe abrazar ciegamente los valores que surgieron de la dinámica capitalista como los idóneos para su tiempo? ¿Son las cicatrices o contradicciones modernas unos obstáculos para rehumanizarse o simbolizan la pérdida definitiva del hombre? Las respuestas pueden variar dependiendo de los paradigmas desde los que se parten o las cosmovisiones, pero, aun así, la cuestión más crucial es saber si el Hombre moderno desea mirarse fijamente y no engañarse como hicieron los prisioneros en la cueva platónica, o si debemos de ver su mutismo ante el drama del mundo como la expresión de su narcisismo (cf. mito de Sísifo, quien quiso aplicar las artimañas para engañar la muerte y terminó recibiendo el castigo de Zeus): o sea, un hombre centrado en su rostro y olvida lo que le rodea; lo que también puede significar el acto de salir de las angustias del consumismo, el ritmo frenético, la cultura de una competición nociva, etc.

“El capitalismo de consumo no necesita, no soporta a individuos-ciudadanos, sólo necesita y fomenta individuos-consumidores” (Bermudo, 2010:10). Dicha tendencia se enmarca en la era en la que se proclama como lema –“adiós al ciudadano”- como indica el título del libro de Bermudo, (2010). Mediante unas privatizaciones de los servicios públicos, la limitación de los derechos básicos, la confiscación de la libertad de expresión, la violación de la privacidad, instrumentalización del sistema judicial, etc., la alianza economía-política han vaciado al ciudadano de su esencia. De ahí los mercados o las empresas especulan en la producción económica, se acepta como dinámica laboral los despidos masivos, las jubilaciones anticipadas, la desprotección social e injusticias causadas por los abusos financieros, la privatización de los servicios sanitarios y educativos que rondan la usura; aprovechando la crisis ruso-ucraniana, los buitres han sembrado la inflación y los adeptos de la ganancia rápida, frotándose las manos cínicas con la desesperación de la población para acceder a unas viviendas dignas, ahora especulan con los precios de los alquileres. Vivir se ha convertido en estos tiempos, para muchas familias, trabajar muchas horas y todavía seguir siendo pobres; los salarios se limitan a costear los gastos de alquiler (hipotecas) y el consumo de unos productos nocivos para la salud. Mientras tanto, qué hacen los gobernantes: dejarse chantajear por los usureros-lobbies que utilizan su poder para frenar la adopción de leyes reguladoras. No sé si son conscientes o no, pero la población sufre y existen muchas prácticas socioeconómicas consideradas normales por el sistema económico que en sí son amorales y siembran el descontento social, amplifican las brechas de la desigualdad. Su inacción brinda crédito al discurso extremista y la violencia, porque empujan a las personas a unos

extremos insoportables. La idea de ciudadano (*citoyen*) ha dejado de tener su connotación ilustrada o su concepción filosófica planteada por los revolucionarios franceses del siglo XVIII. Ahora, vivir significa someterse o ser castigado. Se prohíbe cuestionar y pensar contracorriente, de ahí el capitalismo, violenta y camina impunemente.

Otro aspecto más trágico es la violación de los derechos vía los mecanismos globalistas. Los maestros en pisotear estos derechos son los que nos moralizan con discursos que ocultan intereses personales, pero que no dejan de ilustrar la hipocresía de una civilización que se presenta civilizada cuando en verdad es incivilizada. ¿Derecho humanos? Si hacemos caso a la Carta de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas (1948), vendría a significar, el respeto por la vida humana y su integridad física, emocional y moral; unos principios considerados universales y de obligado cumplimiento. Aunque se dieron pasos relevantes en estas cuestiones desde su adopción, lo cierto es que, los mecanismos globales o el sistema neoliberal entorpecen el buen cumplimiento de estos derechos, dificultándose así el ejercicio de una ciudadanía plena, sobre todo en materia de libertad de movimiento, garantías ante el abuso de poder, la corrupción judicial; el capital y los bienes materiales mueven libremente, siendo lo que sustentan la economía internacional, pero no así las personas. Sino que, el disfrute del libre movimiento depende del origen social, país de nacimiento, estatus social, posición geográfica en el mundo (más favorables para los ciudadanos del norte global), etc., debido al sistema de visados que dificulta la libre circulación de los habitantes de sur global. ¿Podemos hablar de ciudadanos -ciudadanos globales- existiendo estas barreras? ¿Podemos hablar de una verdadera globalización cuando la libertad de circular está reservada únicamente para el capital financiero y no así en el ámbito cultural, educativo, etc.? La diplomacia cultural o la cooperación internacional por sí solas no pueden paliar los errores de la globalización, sobre todo en cuanto a la posición que ha de ocupar el hombre en esta era. Con cada avance del sistema económico liberal, asentando sus bases más allá de las fronteras nacionales, se genera la necesidad de pensar sobre el significado de la ciudadanía: ¿qué papel ocupa el hombre en el seno de la globalización?, ¿es un ser libre, interconectado o excluido del cosmos económico a pesar de ser él el instrumento que genera su riqueza?

Para responder al interrogante sobre el ciudadano, podemos recurrir al planteamiento de T.H. Marshall (1992), que decía que, es igual a una sociedad en la que exista una plena participación y sin discriminaciones. Además, la ciudadanía contribuye a preservar la paz y limitar las desigualdades socioeconómicas. Dicho esto, para él, “ciudadanía” está caracterizada por tres cosas: pertenencia, derechos y participación, y los derechos están repartidos en tres tipos de “elementos” que garantizan la plena ciudadanía (Marshall, 1950/1992). *Elementos civiles*: la libertad individual, la propiedad privada, contratos válidos y derecho a la justicia; *Elemento político*: derecho de participar en la actividad política, sea como elegido (autoridad) o elector; *Elemento social*: derecho a la seguridad, bienestar económico, etc. Todos estos elementos describen la ciudadanía plena. Partiendo de esta clasificación, planteo como pregunta, ¿si la globalización y el sistema internacional garantizan estos principios o si su incumplimiento es el resultado de las malas políticas nacionales o supranacionales? Creo que la respuesta se podría hallar en ambas esferas ya que están interconectadas y se influyen mutuamente.

Para dar una base justificativa, podríamos indicar que la privatización (políticas de recortes impuestas desde las instituciones financieras o regionales-continetales como la

UE), genera la rebelión ciudadana, y en algunos contextos socioeconómicos, debilita el “valor” de la ciudadanía frente a un capital incontrolado y transfronterizo, que no justifica sus actos ante la ciudadanía, de ahí aparte de hallarnos ante un nuevo hombre que trata de construir su ethos, sus valores e ideales (bien / mal) frente a la presión económica, la noción de ciudadano se ve alterada y crea paradojas que siguen sin resolverse. “El capital sobrenacional no sólo vuela sobre el Estado; necesita transformarlo, negarlo en su forma concreta, es decir, en la forma en que se constituyó en el capitalismo nacional. Un capital sin patria exige un poder político desnacionalizado; pero sigue exigiendo un poder político, y es impensable su ausencia. No asistimos al fin del Estado nacional y su forma de dominación específica; asistimos, por tanto, a la crisis de un modelo de soberanía cuyo rostro subjetivo era un modelo de ciudadanía. A la soberanía una, indivisible, absoluta, le sustituye una red de poderes, jerarquías, dependencias, en múltiples frentes. Y no puede ser diferente con la ciudadanía, que al fin es la figura subjetiva de un orden político” (Bermudo, 2010:325).

Sin la pretensión de defender el modelo comunista que jugaba como contrapoder durante la era de la guerra fría, desde la desaparición de esta ideología, el liberalismo se ha transformado en una nueva religión dominante y cultura popular dogmática: impone sus dogmas a todas las sociedades, y los “ateos” son perseguidos violentamente o condenados a través de las leyes inquisitorias de las instituciones económicas que formulan sus doctrinas. Promete el *paraíso* y la *salvación* mediante la acumulación de riquezas y el trabajo desenfrenado que hipoteca la salud individual y pública, pero paradójicamente, sus resultados no hacen más que aumentar la pobreza, las desigualdades, el crimen, la miseria, crisis económica y ambiental, guerras, competición para controlar los recursos naturales, discriminación y racismo entre las comunidades (los privilegiados versus los oprimidos), etc. ¿Esta es la religión que pretende romper con lo sagrado, imponer una nueva vida y promete el paraíso en la tierra? Pues, parece haber convertido a muchas almas sin recurrir a la espada ni a templarios, porque cabe recorrer las calles de nuestras ciudades para darnos cuenta de lo dóciles que son los humanos ante la tiranía del consumismo; voluntariamente, la sociedad se ha sometido a un materialismo que pretende ocupar todos los espacios: hospitales, escuelas, tribunales, lugares de culto, etc. El dinero dictamina el sentido de las decisiones y las leyes. Consumismo frenéticamente sin tomar la pausa, no nos preguntarnos sobre el origen de lo que consumimos y las repercusiones, las condiciones sociolaborales de aquellos que producen los bienes presentados para seducirnos y esclavizarnos en la cueva capitalista. Dicho esto, tampoco el modelo socialista (defendida por la URSS y algunos teóricos modernos fue una alternativa coherente ya que persiguió la consolidación del poder de la élite y no la democratización prometida, y tampoco supo ser una alternativa al liberalismo económico).

Paradójicamente, se observa mayor desigualdad y pobreza en estos territorios que en los espacios donde domina el libre mercado. Aun así, el hecho de presentar a ambas ideologías como vías de salvación me parecen erróneas, porque en el fondo, priorizan cuestiones ideológicas (poder, estatus) antes que la preocupación por el bienestar humano. De ahí la muerte de la primera en los países soviéticos, y las incoherencias de la segunda desde el fin de la guerra fría hasta el presente. Desde entonces, hemos lidiado con múltiples crisis económicas y sociales que fueron engendradas por un libre mercado que en sí no es libre, sino que sigue los caprichos de una minoría egoísta y criminal: sus

acciones asesinan a millones de seres humanos. La guerra se ha transformado en un negocio, el cinismo político en una doctrina y la división social en el nuevo rito sociológico, sobre todo en el norte global, donde la población recurre al racismo para legitimar los efectos de la decadencia de la civilización occidental. Por todo esto, creo urgente repensar los pecados del neoliberalismo y las contradicciones de la globalización. ¿Qué nos espera si matamos al Hombre con nuestras políticas criminales y favoreciendo la inmortalidad de una economía salvaje? Para evitar la guerra de unos contra otros, ideamos el Estado (Thomas Hobbes); décadas después de la construcción del Estado-nación y sociedades más dinámicas, nos estamos autodestruyendo mediante un modelo de producción y de consumo violento, insalvable, y una Justicia usurera, corriendo el riesgo de volver al estado natural y el anarquismo, porque los caprichos del mercado son insostenibles y corren el riesgo de ser nuevas fuentes de revoluciones imparables.

2.1 ¿HACIA EL ABISMO? LA DOBLE CARA DE LA GLOBALIZACIÓN

Utilizando el lenguaje clínico, podríamos considerar a la globalización como un ser bipolar, en el sentido de que se presenta con dos rostros: beneficios y efectos nefastos. De la misma manera que crea muchas oportunidades para las sociedades modernas, sobre todo en materia comunicacional, cultural, agilizar las redes comerciales y dinamizar la economía internacional, etc., por el otro lado, sus deficiencias crean una serie de desventajas, en particular para las sociedades del sur global (la clase más desfavorecida de las sociedades avanzadas y en vías de progreso). Entre sus facetas sombrías o paradójicas, la globalización genera riquezas (paraísos fiscales) y zonas dominadas por una pobreza crónica (dependencia, problemas de reparto, desafíos coyunturales y estructurales), sobre todo en África, China, América latina, etc. Se trata de una globalización del mercado de consumo y producción extendida más allá de las fronteras occidentales de una manera desregulada. ¿Qué crea? Crisis y amenazas de caos, sobre todo para la biosfera dada la imposición de una sobreproducción mecanizada. ¿Podemos disociar estos problemas del factor tecnológico? Por un lado, la tecnología ofrece ventajas materiales, también desarrolla una doble personalidad (rostro narcisista). “Los avances de la ciencia, la técnica, la industria y la economía, que a partir de ahora propulsan la nave espacial Tierra, no están regulados por la política, la ética ni el pensamiento” (Morin, 2010:9). Las dos caras de la globalización consisten en que, por un lado, como globalización económica, genera la destrucción y nuevos problemas sociales más complejos; por el otro lado, los avances técnicos e industriales que sostienen la economía global aportan beneficios que dan sentido al progreso de las sociedades contemporáneas.

¿En qué consiste la felicidad inventada por la modernidad y la globalización? Es una felicidad reposada en la utilización desenfundada o la comercialización del cuerpo como un producto de usar y tirar momentáneo; aparte, se ha instaurado la tendencia de pensar que nuestra felicidad momentánea ha de reposar en la sumisión de las demás, y vía los nuevos medios de comunicación, se propaga una ideología relativista de la felicidad que consiste en la promoción de lo ficticio como real, la última tendencia como el medio para influenciar el ethos y los valores de una comunidad desconocida; domina la promoción de una felicidad frágil-instantánea publicitada e irreal, que controla las emociones y orienta la psicología colectiva. Para la modernidad construida por el sistema neoliberal, la felicidad consiste en la promoción o priorizando los deseos egoístas, satisfacer los impulsos a costa del hombre y el planeta. Ya no es un mero deseo o aspiración, sino que,

se ha aceptado como un dogma acompañado de ritos para satisfacer a una felicidad construida materialistamente: no es la felicidad aristotélica, con implicaciones éticas o la virtud, ni un diálogo con la dinámica ascética mediante los cuales el individuo se libera de las ataduras del yo, liberarse de lo absurdo, contemplar la belleza de lo pequeño y pausado; paradójicamente, la felicidad edificada por la técnica-objetos materiales o la economía (poder adquisitivo / consumo), en vez de liberarnos de nuestras paranoias y angustias, nos nublan la vista al extremo de dificultar la posibilidad de contemplar lo vital.

Además, los mecanismos que sostienen esta felicidad nos manipulan y destruyen al hombre, de ahí nutre el egoísmo que pelea contra la solidaridad. Por todo esto, la felicidad tecnificada genera una serie de consecuencias y una ambigüedad: “La técnica permite tanto lo peor como lo mejor. Nos hace capaces de dominar las energías físicas, pero también las energías humanas. No son los trabajadores los que están sometidos a tareas repetitivas y estandarizadas; el conjunto de la sociedad está sometida a la lógica de las máquinas artificiales, basada en la racionalización y la hiper cronometrización del tiempo, de donde surge la tendencia, como reacción natural, a huir a través del ocio y la fiesta” (Morin, 2010:23). Queriendo liberarnos del *dios economicus* (idea de control, presión, una moral burguesa rígida, etc.) y creando una autonomía-felicidad materialista como la base de la nueva civilización (de consumo, dominación y destrucción), nos damos cuenta de que, mediante las paradojas o serie de crisis socioeconómicas actuales, que el individuo ha desmantelado los valores para sucumbir en la paranoia, las sospechas mutuas, una paranoia colectiva ante la incertidumbre y la soledad, a pesar de estar rodeados por objetos materiales incapaces de liberarnos de nuestros miedos autogenerados. Si sumamos a estos elementos, la aparición de nuevos fenómenos criminales, ejercidos mediante la técnica moderna (ciber seguridad), llegamos a lo que describe Morin: “La ciudad radial se convierte en una ciudad tentacular, con su vida racionalizada, su contaminación, su estrés. Hemos creído poder edificar una civilización de seguridad, pero ahora nos damos cuenta de que, lejos de eliminar los riesgos, ella misma produce otros nuevos” (2010:25).

Considerado lo anterior, Edgar Morin, afirma que la crisis moderna no es solo materialmente o socioeconómica, también es una crisis espiritual (del alma o lo que tendemos a llamar la crisis de valores), ya que, lo material no erradica la inquietud (miedos, dudas, escepticismo como Tomás tras la aparición de Jesús, quien llegó a creer por haber tocado las llagas; con el sistema económico actual, consumimos más de la cuenta, pero nunca estamos satisfechos), de ahí domina una intensa búsqueda de nuevas soluciones vía la proliferación de *profetas modernos*, gurús, charlatanes, manipuladores emocionales, una publicidad agresiva, el abandono del estilo de vida cristiano-occidental por las filosofías orientales, etc. ¿Qué ha magnificado esta tendencia? Diríamos, una modernidad o tecnificación vaciada de la dimensión humanística, así ocultando el rostro humano para no molestar al caprichoso dios economicus. Aparte, esto ha contribuido a la creación de nuevas referencias, ideologías y cosmovisiones que tratan de liberarse del yugo capitalista (sobre todo, a partir de los años 1970, mediante el movimiento de la liberación sexual, el consumo abierto de las drogas, la legalización de la prostitución, los movimientos hippies...). Las almas del presente siglo se esfuerzan por liberarse de una crisis generada por lo material y la arraigada creencia en los mitos económicos.

Esto me lleva a considerar que la modernidad (las tesis del liberalismo y globalistas), visto desde un enfoque hermenéutico, y de la misma manera que la filosofía trataba de

liberarse de la teología (Kant, filosofía vs teología en las facultades), lejos de conseguir la autonomía, se creó un monstruo (una economía-ciencia que se han escapado de nuestro control), y sin darnos cuenta, este monstruo se alimenta con nuestros sufrimientos, las divisiones, las explotaciones, etc., y nos ha controlado y no hallamos en una situación más compleja de la que ansiábamos liberarnos anterior a la consolidación del sistema de producción. Israel buscaba liberarse del faraón, y se sometió a la voluntad de Yahvé, y una vez liberado el pueblo, en pleno desierto, se rebelaron, construyendo sus dioses. Análogamente, sucede lo mismo con la modernidad, ya que se veía a lo antiguo como el obstáculo (lo oscuro), y para distanciarnos de él, se consideró la invención de lo moderno como una maravilla. Obnubilados por esta obsesión por la libertad (individualismo), dicha modernidad se transformó en un ser monstruoso, y sus acciones no logramos frenar, de ahí sus caprichos se han transformados en dolencias para nuestra época, sobre todo en temas económicos-ambientales (contaminación radioactiva y sus efectos en Ucrania y Japón; sofisticados instrumentos militares utilizados para destruir vidas inocentes en zonas de conflicto, etc.). Dejándonos dictaminar por las orientaciones de este monstruo, que pide cada vez más, objetos más sofisticados e incontrolables, y acompañados por una economía esclavista, en vez de analizar sus utilidades, nos vemos obligados a estudiar sus capacidades destructivas. Y a pesar de conocer los riesgos (misiles, consumo desenfrenado, impacto del petróleo, reparto desigual, etc.), somos incapaces de frenar sus acciones, reflejados en nuestras maneras destructivas de vivir y percibir el planeta (otro).

De esta manera, la globalización en sí, se presenta como un nuevo desafío, no solamente en el ámbito de la producción económica, sino también cultural e intelectual. Porque, en la era de la tecnificación, se ha aceptado el dogma que dictamina que el pensamiento humanista es inútil, por lo que, dan vía libre a las ciencias técnicas a obrar libremente al extremo de violar todas las limitaciones éticas (las cuestiones bioéticas) en la actividad económico-científica. Peor todavía, se prioriza la especialización (cultura del reduccionismo en el análisis de los desafíos complejos y la burocratización de los problemas y las soluciones de nuestro tiempo), siendo esto un factor determinante en la construcción de nuevos “ignorantes”: especialistas sin conocimientos, o que solamente conocen sus territorios de actuación y son inflexibles, tanto que, dificulta el diálogo entre las disciplinas o causa reticencias contra posturas holísticas. De ahí a la hora de adoptar orientaciones o soluciones, la mentalidad tecnificada-burocrática, niega una voz contraria a sus prejuicios. A la hora de diseñar programas socioeconómicos, los decidores se focalizan en la dimensión económica y olvidan aspectos sociológicos, históricos, ambientales, religiosos, culturales, etc., y hacen que los problemas sean más amplios en vez de resolverlos. Y, para imponer sus prejuicios intelectuales recurren a los mecanismos jurídicos para silenciar las voces contrarias. En definitiva, estamos en la era de las imposiciones: los que detienen el poder nos imponen sus estupideces como propuestas, y habiendo drogado a la población con objetos de última generación, el rebaño se distancia de la observación crítica, dando así paso a los abusos, la corrupción, la tiranía, etc.

Visto esto en el marco de la globalización, los políticos e internacionalistas tienden a ajustar la “realidad” a sus opiniones, intereses, prejuicios eurocéntricos y enfoques ideológicos, siendo lo que induce a los gobernantes a dinámicas belicistas, xenofobia, políticas migratorias racistas, nuevos marcos de explotación encubiertos en políticas de cooperación, etc. De ahí en vez de acercar las poblaciones, las dividen en guetos, humanos

e inhumanos, se escudan en las barreras ideológicas para polarizar el sistema internacional y hacer que la noción de “aldea global” sea un mero ideal utópico y no una realidad. Dicha manera de pensar alimenta la infundada choque de civilizaciones de Huntington, para quien, este choque se desarrolla en las dinámicas religiosas, y llevándole a considerar al islam como un peligro para la sociedad occidental, similar a las ideas defendidas por los fascistas como Éric Zemmour; y las desafortunadas declaraciones de Josep Borrell, que considera a las demás sociedades como una jungla y Europa como el jardín. En materia de globalización cultural, los prejuicios (el racismo) constituyen los principales frenos para la materialización de un cosmopolitismo. Además, la idea de *conocimiento* defendida en las universidades occidentales (visión eurocéntrica o una formación reposada en un nacionalismo envejecido) crea unos debates cargados de prejuicios y no la objetividad, de ahí los reproches y las posturas defensivas entre el sur y el norte global sobre ciertas cuestiones que afectan a toda la humanidad; por ejemplo, las epistemologías reduccionistas, teorías orientadas ideológicamente sobre temas migratorios, cómo erradicar el racismo sistémico, la necesidad de reformar las instituciones internacionales (ONU, FMI, Banco Mundial, etc.), etc. Estos problemas representan nuevos desafíos palpables, ya que, en este marco, cuando hablamos de *Conocimiento*, pensamos en Occidente, y así obligan a las demás sociedades a reaccionar (de manera colaborativa o violentamente para restaurar la verdad científica ocultada por el colonialismo).

Alejado de la postura reduccionista de la geopolítica de Huntington (también Jean-Luc Mélenchon, político francés, plantea similares críticas a Huntington), Edgar Morin observa en la globalización una dinámica belicosa, o lo que llamo yo, *la paz en construcción*, ya que no es una paz perpetua como decía Immanuel Kant. Aunque nos hemos distanciados de los estándares bélicos del siglo XX (guerras mundiales y tensiones recurrentes entre los Estados), la cooperación cultural e interdependencia económica no han logrado erradicar la guerra de nuestros hábitos y pensamientos, no solo porque es alimentada por diversos grupos de intereses, también en parte, por la inculcación de un nacionalismo sinsentido justificado en el odio al otro. De ahí los impulsos, miedos, deseos, intereses, etc., son examinando con un lenguaje belicoso. Aparte, suelen ser guerras invisibles (híbridas) dada la dinámica geopolítica mundial de competición y el afán de controlar los recursos vitales. Examinando esta realidad, Morin, cree que, se trata de una era en la que las religiones son instrumentalizadas para enfrentarse (por ejemplo, en Oriente Medio, lo que ha creado una “zona sísmica planetaria” (2010:10), donde las diferentes creencias monoteístas son instrumentalizadas; y en Occidente, se produce una batalla entre religiosidad y laicismo; en el ámbito internacional, debates irreconciliables entre Oriente y Occidente, o norte y sur global, países ricos y pobres, sobre cómo situarse en el mundo. Por todos estos problemas, cree que la globalización no significa un caminar juntos ni hacia una humanidad común, sino unas fragmentaciones regionales e intereses económicos y geoestratégicos (Rusia vs OTAN; Israel vs Irán; Occidente vs terrorismo religioso, etc.). Y considera a la crisis Palestina-Israel como un *cáncer* peligroso.

El intento de imponer una cultura o *ciencia occidental* lleva a muchos actores -más en el ámbito de las humanidades: por ejemplo, la negación de las influencias externas en el pensamiento humanista y considerar a la filosofía en su sentido estricto como una actividad puramente griega, minimizando a Egipto e India-, a negar la interdependencia e influencias mutuas, sobre todo en la producción del conocimiento durante los últimos

milenios. Para los defensores de una *filosofía multicultural*, se niega la estructura monolítica de la filosofía, más bien, creen que la reflexión filosófica parte de muchas raíces, y lo mismo podemos decir de las demás disciplinas. Desde la *Historia de la Filosofía* de Hegel hasta ahora, Occidente trata de situarse como el centro de la reflexión crítica. Aparte de ser un enfoque erróneo, la humanidad no puede seguir una única mirada (occidental), sino que necesita escuchar a otras voces, y la negación de aceptar este paradigma, constituye un factor detrás de las críticas a la globalización, vista como una maniobra occidental de imponer su cultura. Occidente no es el centro ni tiene el derecho de adueñarse del monopolio de la *verdad*. Contra esta dinámica, argumenta Juan José Tamayo, (2011) a favor de una teología y filosofía intercultural, indicando que *otra teología es posible*. Partiendo de sus tesis, creo que otro sistema internacional es posible, la geopolítica, la economía internacional, etc., no pueden ser baluartes de los intereses occidentales. La buena convivencia se ha de construir en base a unos criterios comunes. De igual manera, el saber, cómo se percibe el mundo, etc., no pueden ser eurocéntricos.

“La filosofía occidental es una forma más de pensamiento entre otras muchas que se han desarrollado en los más plurales ámbitos geoculturales. No puede imponerse, por tanto, a los demás, por razones de precedencia cronológica o de supuesta superioridad cultural. La filosofía intercultural va tras la búsqueda de pistas culturales que faciliten la manifestación polifónica de lo que llamamos filosofía desde el multiverso de las culturas. [...] Al filosofar, dialogamos con el otro, con lo que hacemos un ejercicio de filosofía intercultural. Cuando hablamos con el otro transgredimos el ámbito de nuestra cultura y entramos en el terreno intercultural. No existen culturas y religiones puras y estáticas. Unas y otras evolucionan, cambian, se adaptan en función del medio social, los cambios políticos, el entorno ecológico y la creatividad simbólica de los pueblos. Todas ellas son fluidas y dinámicas, y se construyen en contacto y relación con otras. Se desarrollan en interacción e interdependencia. Ninguna comienza a partir de cero” (Tamayo, 2011:175).

El “todo” no puede partir ni justificarse únicamente en los ideales occidentales, de lo contrario, no valdría hablar de la globalización en su sentido estricto; lo que hay es una imposición del eurocentrismo como una cultura universal, de ahí las voces críticas creen tener una legitimidad para contestar el paradigma de imposición cultural. Hace falta partir de todas las partes -cosmovisiones, creencias, aspiraciones- para construir un mundo cosmopolita, para dar sentido a la globalización. Hasta ahora, lo que tenemos es una globalización económica-militar y no humanista, debido a que, los ideólogos occidentales se empeñan en imponer sus valores como los absolutos. Por lo que, para que la globalización cultural tenga sentido, hemos de contextualizar los conocimientos y estar dispuestos a realizar el *mestizaje intelectual* y la *civilización del universal* en sentido senghoriano, que vendría a significar, una disposición para estar con los demás y no imponer lo propio como lo absoluto. El diálogo ha de partir del ambiente y no imponiendo las ideas preconcebidas como unas verdades universales, porque la prolongada imposición de una cultura única mediante el colonialismo, ha contribuido a despertar los ánimos y la hostilidad entre las comunidades, pasando así a sembrar la guerra, la intolerancia, la discriminación, las contestaciones de los mecanismos internacionales como instrumentos de dominación occidental, etc. Globalización no puede ser un baluarte de los valores occidentales ni la dictadura del sistema financiero, sino que, ateniéndonos al concepto de “global”, debería de implicar a todas las sensibilidades que forman la humanidad, el diálogo intercultural y la no imposición de algunas preferencias sobre otras

(cf. sentido de la comunicación en Jürgen Habermas, e idea de derechos humanos en Juan Pablo II: el respeto por la vida humana, dignidad de todos los hombres).

Si hacemos caso a Edgar Morin (2010:45), para atender las necesidades vitales e intelectuales de todos los hombres (la materialización de la ciudadanía global), debemos de realizar una “reforma del pensamiento” o manera de enfocar el pensamiento, ya que gran parte de los problemas de nuestro tiempo, parten de las orientaciones ideológicas que dejaron de preocuparse por el Hombre, sino, por etiquetas que llaman valores, y que para mí, simbolizan un esfuerzo por transformar los prejuicios individuales y colectivos en normas sociales. Motivados por la intolerancia y el fanatismo, algunos se empeñan en extender estos valores a otras comunidades, y cuando estos planes engendran la resistencia cultural, consideran a dichas reacciones como tendencias antioccidentales. Para evitar el autoengaño, Occidente debería de salir de sus prejuicios y abandonar el paradigma intelectual eurocéntrico-colonialista, que había construido todo el sistema internacional. Aunque la globalización trató de ofrecer nuevas categorías sociológicas, lo cierto es que, tampoco se ha independizado del paradigma colonial. De manera que, si queremos hablar de una aldea global o un cosmopolitismo consumado, primero, hemos de enfrentarnos a esta tarea, lo que exigirá de nosotros unas reformas de nuestros mecanismos internacionales, sistema educativo y repensar las categorías sobre las que reposan las estructuras económicas, políticas, culturales, comunicacionales, militares, etc.

3.0 LOS PECADOS DEL LIBERALISMO ECONÓMICO-GLOBALIZACIÓN

¿Por qué utilizar el lenguaje religioso para describir las acciones inmorales del modelo económico? Para las religiones del libro, el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, y una vez que cometió el pecado (rebelarse contra los mandatos divinos o seguir sus impulsos), fue alejado de la vista de su Creador. Aun así, no fue abandonado eternamente a su suerte, al contrario, conforme los preceptos religiosos, fue ofrecido unos mecanismos para volver al estado inicial, mediante el reconocimiento de sus errores y un sincero deseo de hacer el bien: el arrepentimiento. Para el hombre religioso, el arrepentimiento es un mecanismo idóneo para volver al estado de gracia, y utilizando el lenguaje religioso en el marco de nuestro análisis, pretendo indicar que, si en el inicio, la actividad económica perseguía un intercambio de bienes entre los miembros de la comunidad, con el paso del tiempo (siguiendo el afán lucrativo y el poder), se desvirtuó este fin, generando así el paso del intercambio a la explotación como regla suprema. No representa un paso de maduración filosófica (del mito al logos), sino el proceso de una deshumanización asumida: pasar del *Hombre* a un objeto e instrumento temporal. De esta manera, aparte de perder su esencia frente a la producción industrial, también persigue unos ideales nocivos para mantener la armonía entre él y los demás seres vivos. De ahí la existencia del hombre tecnificado representa una vida de paradojas y autodestrucción.

La *Economía* dejó ser la producción vital para satisfacer las necesidades de las polis (la comunidad) y se transformó en acaparamiento, y obligando a los más débiles de la sociedad a depender de los sentimientos altruistas de los que producen. Tampoco se permite una producción humanizada, sino el monopolio de las actividades económicas. Y, de la misma manera que Adán empezó cuidando a los seres vivos y plantas en el Edén, y terminó rompiendo el equilibrio que regulaba sus acciones con los demás seres vivos

en su hábitat, igualmente, la economía primaria, al pasar a una economía industrializada y transfronteriza, rompió con aquellos mecanismos que permitían el equilibrio. La producción en masa generó una nueva manera de ver al hombre, el sentido del trabajo y el tiempo, y, sobre todo, la noción de “utilidad”: lo útil no es el hombre en sí, sino lo producido, ya que, es lo que crea la riqueza, y no así el hombre que la produce. El hombre es un mero medio, no un fin en sí. Alterando la sacralidad humana y rindiendo culto a lo fabricado, entra en escena la tentación de considerar al productor como menos relevante frente a lo producido. En este contexto, no es Caín que mata a Abel por envidia, sino que el capital mata al hombre (física, psíquica, moral y socialmente), porque es su única manera de alcanzar sus objetivos: acumular. Caín no mató porque poseía menos que su hermano, sino por no haber recibido el reconocimiento de Dios; igualmente, el neoliberalismo descuartiza al hombre simbólicamente por el hecho de que éste se ha transformado en un objeto, y los valores de los objetos dependen de su utilidad. Para la globalización, el hombre es un instrumento cuyo valor depende de lo que produce, nunca un ser digno ni merecedor de la empatía, la compasión, el trato ético, etc. Todos estos hábitos darían sentido al colonialismo económico que denuncia el papa Francisco.

Deshumanización del capitalismo: desde el siglo XV al presente, el capitalismo lleva alimentándose con la sangre y el sudor de millones de esclavos negro-africanos (en estos tiempos modernos dominados por el traslado de empresas hacia los países en vías de desarrollo y la muerte anunciada del sindicalismo, subyuga a trabajadores y niños en las fábricas) a quienes explotaba en los campos de algodón, tabacaleras, canas de azúcar, etc., en el nuevo mundo y vía el comercio triangular, acumulando beneficios que enriquecieron a los países del norte global y violando la ética. Por lo que, no podemos disociar esclavitud y capitalismo, esclavitud y riqueza occidental. En ningún momento se pensó en la dignidad de las personas que deshumanizaban ni en los valores humanísticos y cristianos que parecían defender, menos todavía, en la noción de “civilidad”, es decir, repugnarse a cometer actos inmorales. El legislador, el burgués, el clérigo, militar, inversor... europeo de esta época renegó los valores e ignoró el sufrimiento ajeno, más bien se focalizaron en la ganancia económica alcanzada con la explotación de los cuerpos de millones de almas expulsados de sus territorios ancestrales. Fueron cuatro siglos de explotaciones y trabajos forzados que enriquecieron a miles de europeos, y mediante la riqueza acumulada inhumanamente, estas sociedades lograron consolidar su poderío económico, militar, político e industrial, ya que la trata de esclavos y la sobreproducción de bienes impulsaron la economía europea y americana, facilitando así una economía mecanizada.

Desde entonces, el sistema neoliberal se adapta a los nuevos contextos contestatarios y reformulándose según los criterios morales de la época (tras las protestas en contra de la esclavitud, incluso llevando a la guerra civil en Estados Unidos, optaron por erradicar la esclavización de los negros, pero introdujeron leyes criminales que los obligaban a satisfacer el mercado americano). Sabiendo adaptarse a las nuevas exigencias morales y sociales como hace la mafia, el liberalismo económico crea sus propios patrones socioeconómico que no tienen como fin el bien de la sociedad, sino, cómo aumentar sus beneficios, explotando más y remunerando menos a los trabajadores. De ahí desde la Revolución industrial en Inglaterra, hasta la digitalización del sistema económico actual, en cada fase, busca los medios-trucos legislativos de rentabilizar sus producciones con menos costes y altos rendimientos. Esto tiende a crear patrones deshumanizantes,

desprotección jurídica de los trabajadores y la competición entre los empleados, dada la inseguridad laboral y las escasas ofertas laborales disponibles. La ley de oferta y demanda no se aplica únicamente en la venta de los bienes producidos, también en el acceso al mercado laboral, y de esta manera se logran crear unas condiciones indecentes, pero irrechazables para los trabajadores dada la precariedad y las necesidades.

Partiendo de estas prácticas, el capital-mercado financiero se posiciona como organizador de las reglas de juego: todos siguen sus reglas, incluso los decisores políticos. Sus beneficios son repartidos mayoritariamente entre los inversores, mientras que las pérdidas y las crisis económicas que generan sus actos irresponsables caen sobre los hombros de la sociedad, y caprichosamente presiona-orienta a los gobiernos a adoptar medidas a su favor. De ahí considero la actuación del mercado-capitalismo moderno-especulativo como el comportamiento de un niño caprichoso, solamente se lamenta cuando las cosas no van según planificaba. Cuando está acumulando, olvida las repercusiones de sus acciones sobre los demás, pero si pierde, exige la consolación, de lo contrario, amenaza con contagiar el sistema financiero: mayor tragedia y daños colaterales para los pobres del mundo. En otras palabras, el modelo reposa en la mentira, la usura y el engaño, y como tal no puede ser coherente ni priorizar los intereses colectivos. Capitalismo igual egoísmo (un yoísmo narcisista); no es un mero culto al ego, sino una mafiosa voluntad de ganar y dejar morir a los demás. ¡Es el drama de la modernidad! Un sistema insaciable e inhumano edificado en la destrucción del hombre; los caprichosos de un vampiro.

A la hora de instrumentalizar los cuerpos como instrumentos, máquinas al servicio de la producción y la miseria como ley para la sumisión, de igual manera que el colonizador y esclavista utilizaba el *Code Noir* para establecer las condiciones de los negro-esclavos (leyes promovidas por Luis XIV en las colonias francesas e introducidas en Luisiana en 1724 para regular las vidas de los esclavos), el capitalismo no hace la distinción entre los mayores y los jóvenes (y mediante el descontrol de la actividad industrial transfronteriza, favorecida por la globalización y el debilitamiento de los Estados del sur global, incapaces de realizar los controles idóneos en materia de derechos humanos y la garantía de unas condiciones laborales decentes, las multinacionales aprovechan esta situación para explotar incluso a los niños y las niñas); el neoliberalismo económico no diferencia entre los hombre y las mujeres, explota a ambos sexos, y siguiendo sus necesidades coyunturales, confronta los sexos para sus propios beneficios: instaurar la guerra de sexos en la contratación y la promoción profesional, controlar el cuerpo femenino por puros intereses económicos e ideológicos, llegando al extremo de dificultar la reproducción femenina, un mercado laboral que desfavorece la armonía familiar, causar tragos psicológicos ...; no tiene piedad con los mayores ni de jóvenes, al contrario, busca empobrecer como un mecanismo de control, de dependencia y de servidumbre.

Contando nuestra época con un avance tecnológico que podría servir para aliviar la mayoría de las dificultades ligadas a la pobreza, la empleabilidad, una producción más sostenibles, etc., el sistema de producción y los fallos políticos no adoptan como prioridad la erradicación del hambre ni favorecen el acceso a los recursos básicos como unos derechos fundamentales; de las enfermedades no hablo, porque caer enfermo en muchas sociedades actuales, la incapacidad de costear los gastos médicos, lleva automáticamente a la muerte o lidiar con séquelas. Para ilustrar esta paradoja, cabe mirar el mapa sanitario y el acceso a la sanidad en Estados Unidos; siendo un país líder en materia científica e

industrial, una porción relevante de su población no puede acceder a unos tratamientos adecuados debido a que se prioriza la rentabilidad económica por encima del acceso sanitario universal como un derecho humano. Como consecuencia, millones de personas son excluidas del servicio sanitario y obligadas a aceptar sus patologías como su suerte, y afecta más a la población negra, latina e inmigrante. De ahí podríamos hablar del *racismo sanitario*, y éstos ocupan las colas de la pobreza, las cárceles, etc. En este sentido, doy importancia a las palabras de Jean Ziegler, porque ilustran perfectamente la dinámica capitalista (inhumana) que gobierna nuestra época: “Cuando un niño muere de hambre es asesinado” (en Han, 2023:89). Los países desarrollados y empresas acumulan grandes beneficios con la venta de armas destructivas, armas que utilizan los tiranos a través del mundo para bombardear a familias, mujeres, ancianos y niños, y mientras tanto, la comunidad internacional se comporta indiferente o hipócrita. Cabe mirar la situación actual en R.D. Congo y Palestina, donde miles de familias son bombardeadas y llevadas al exterminio ante la mirada indiferente de la comunidad internacional; el país más moralizador (Estados Unidos, y algunos de sus aliados europeos), arma al carnicero israelí Benjamin Netanyahu, que considera la guerra un derecho absoluto. Si algunas voces pacifistas reclaman la paralización de la matanza, el club de los “inmorales” se enriquecen con las armas que destruyen vidas, ilusiones, borran historias de pueblos milenarios, obligando el exilio de millones de almas inocentes. Luego, son los causantes de estos crímenes los que nos hablan de derechos humanos y demás cuento. ¡Cínicos! ¡Maldad!

Esta es mi convicción. Nuestros mecanismos sociopolíticos, económicos, jurídicos, etc., reposan en la *mentira* y no parecen molestar a nadie; al contrario, nos hemos acostumbrados a las falacias que ya nos resulta difícil de aceptar la verdad en medio de tanta ilusión y autoengaño. El hombre moderno se ha transformado en un veneno para sí mismo, y utiliza la economía como una mampara para huir de la realidad: consumir, y más consumismo, nos aleja de la realidad y vacía la empatía que nos debería de humanizar y hacernos darnos cuenta de la humanidad de los demás. Por eso, no nos ha de extrañar que la pobreza y las injusticias se hayan convertidos en los nuevos ethos de nuestra época: una modernidad inmoderada y una civilización incivilizada. Para nuestra época, la pobreza, o el pobre, es culpable y responsable de su suerte. Nunca nos preguntamos por qué se encuentra en esa situación debido a que, ya no miramos a las personas en términos humanísticos, sino en cifras y estadísticas, y aquellos que no encajan en los análisis y previsiones de los gobernantes e incapaces de seguir el ritmo consumista de una sociedad al borde del precipicio, son expulsado y arrinconados en las periferias, espacios donde los desechados son vertidos para no molestar a los privilegiados de la sociedad. Lo que no toman en cuenta los defensores de estas prácticas es que, la pobreza, aparte de ser el resultado de la mala distribución y las injusticias, es también un factor revolucionario.

A través de la historia, muchas revoluciones nacieron de las protestas contra la pobreza o las condiciones inhumanas que vivía la clase trabajadora. Las dificultades para alcanzar el pan cotidiano motivaron la Revolución francesa de 1789, los pobres-campesinos impulsaron la revolución contra los zares en Rusia (1917), y en nuestro siglo, los efectos de la crisis económica de 2007/8 dieron paso a la Primavera Árabe, que permitió derrocar a regímenes totalitarios y corruptos que parecían inmortales, transiciones políticas en Europa, etc. En cada uno de estos episodios, la negación de la población a seguir aceptando la deshumanización, motivó los reclamos de un cambio de paradigma, sea

mediante unos reclamos violentos o pacíficos. En vez de aprender de estos episodios, la dinámica económica, autoengañándose con la idea de su superioridad y motor de la sociedad, continúa perpetuando algunas de las prácticas que no hacen más que alimentar la pobreza y la desigualdad, de ahí me preguntó si busca provocar su desaparición, ya que llegará un momento en el que las personas se levantarán para decir: “¡Basta, guillotino!”

El modelo socioeconómico de nuestra época reposa en la contradicción y la división de la sociedad en categorías: clases productoras y consumistas, que compiten entre ellas sin darse cuenta de que todas ellas son esclavas del monstruo que solamente se interesa por los beneficios que aportan sus energías y no así su salud ni su bienestar; y tanto en sus valores como en la praxis, debido a que, por un lado, no persigue un intercambio humanizado de bienes entre las sociedades estrictamente, busca imponer su ideología, una idea de bien y mal distinta de la visión religioso-filosófica, orientar una nueva visión del Hombre (el Ser vaciado de los valores y convertido en una máquina que produce y consume, y prohibido a cuestionar las verdades del *dios economicus*). Por lo que, ante su frialdad y un carácter autómatas, la suerte ajena deja de ser el centro de su preocupación. De ahí podríamos decir que, el *Homo economicus* de la era moderna hace la economía sin la economía; convierte la transacción en dogma incuestionable, mientras que las bases de su teología son desmanteladas a través de las paradojas sociales y el sufrimiento cotidiano observados en la dinámica socioeconómica. Dicho esto, no podemos excusar la implicación del egoísmo y la mala política en estos problemas, y aunque Hannah Arendt niega la relación entre la pobreza y la política, creo que son indisociables, ya que las malas políticas (la ausencia de una justicia distributiva como indica John Rawls) cronifican la pobreza y generan otras dificultades sociológicas, y en el ámbito de la seguridad, provocan conflictos e inestabilidad. La injusticia, sobre todo económica, es un factor primordial en la alimentación de tensiones; las crisis económicas suelen animar la pobreza, debido a que despojan a las personas de sus vías de subsistencia. Cabe mirar los episodios dramáticos sufridos por millones de seres humanos durante la crisis económica de los años 1920 y 2007/8. En cada uno de estos episodios, los humanos fueron despojados de sus derechos y su dignidad, siendo ellos los actores de la intrahistoria.

A lo largo de estos siglos (iniciando con el comercio de esclavos, el sistema feudal, las condiciones del proletariado en la Inglaterra victoriana, la deshumanización de los indígenas en las colonias, por ejemplo, la situación socioeconómica de los hindús en la India durante la era colonial, y que motivaron las acciones pacifistas de Gandhi, la segregación socioeconómica de los negros en Estados Unidos y Sudáfrica, las posturas virulentas de Aimé Césaire contra el colonialismo, etc.), la alianza política-economía creó un “sistema” que reposaba en la esclavitud, el hambre y la miseria, siendo estas acciones episodios no éticos, o algunos considerando a la teoría de Adam Smith -ley de oferta y demanda- como una verdad religiosa e insustituible por otros modelos, debido a que, para mí, y contrario a los economistas que la defienden como una de las leyes económicas que promovió la dinámica capitalista, no deja de ser una base especulativa que se distancia de los principios de un comercio justo y ético. Justificándose en esta teoría, los actores de estos siglos aprovechan para subir o especular con los precios de los bienes más básicos que deberían de ser garantizados con el fin de promover una vida digna para todos los hombres. Lejos de considerar el derecho que tienen las personas de alimentarse dignamente y vivir en condiciones decentes, la teoría de Smith es explotada por los buitres

económicos y ludópatas en las Bolsas mundiales para subir los precios de los bienes primarios, generando así, contextos de pobreza o vulnerabilidad socioeconómica para muchas familias incapaces de satisfacer las necesidades cotidianas.

La guerra se ha transformado en un negocio lucrativo y cínico, y desde la invasión rusa de Ucrania de 2022, bruscamente, nos ofrecieron una inflación y una subida incesante de los bienes de primera necesidad. Sin negar la conectividad e interdependencia de la economía mundial con la dinámica política, y que la aparición de una crisis en una zona concreta puede contagiar al sistema financiero global, lo cierto es que, siguiendo estrictamente el afán de acumulación, se ha utilizado la guerra como un pretexto para subir los precios de los bienes y servicios. Suben y suben, cada día, tratando de inventar motivos detrás de las subidas; suben los precios de los bienes de primera necesidad, los alquileres (algunos triplicando los precios) sin analizar el poder adquisitivo de la población ni lidiando con el remordiendo de sus conciencias. En una época de crisis crónica, y mientras que la mayoría de la población lidia con los obstáculos para subsistir, una minoría se amasa fortunas a costa del sufrimiento de los demás. ¿A esto llamamos un modelo económico coherente? Debería de darnos vergüenza. Un sistema que reposa en la usura, el culto de quitar a los demás lo poco que tienen sin sentirse avergonzados; vaciar los bolsillos de los demás y contemplar su muerte agónica (o heroicamente, sobre todo los padres de familias), y no nos conmovemos. ¿Dónde se ha ido nuestra humanidad? ¿Podemos hablar de humanismo en medio de este modelo que únicamente piensa en ganancia y sin importarle cómo? El sistema capitalista es inhumano y sin escrúpulos.

La actividad económica contemporánea no conoce reglas aparte de las suyas, viola los límites y no observa una consideración particular por el rostro humano; al contrario, actúa como un psicópata que seduce a su víctima para posteriormente terminar con su vida de una manera sangrienta. Nos dijeron que el socialismo-comunismo constituía un peligro y que, el mejor modelo era el capitalismo. Pues, necesito saber, qué bien nos ha aportado el capitalismo: ¿destruirnos y liquidar nuestro cosmos? ¿Este es modelo? No veo progreso en sus palabras ni en sus acciones, sino la autodestrucción, porque, mediante la especulación, la acumulación, el acaparamiento, la esclavitud moderna, la confiscación de la dignidad, la violación de los derechos fundamentales, etc., hemos creado una *cultura sin conciencia ética y el dominio de una dictadura del acaparamiento y la acumulación crónica e insaciable*, transformadas en dinámicas socioeconómicas tiránicas. De ahí arropadas por un discurso de autoengaño y de deshumanización, si trabajar solía consistir en la dignificación del hombre, ahora representa la violación de la sacralidad de hombre (su inviolabilidad). Existir se ha convertido en dominar, acumular, quitar a los demás, represión socioeconómica, vulnerabilidad e inseguridad laboral, y peor todavía, ha sembrado las dudas sobre el funcionamiento de nuestros modelos organizativos. ¿Podemos hablar de democracia, derechos humanos y estado de derecho en medio del contexto neoliberal actual, viendo que todas las actividades humanas siguen la economía?

Contraria a la ciudad griega donde los individuos juntaban sus individualidades (particularismos) para crear la sociedad (una visión común), las polis-posglobalización o cosmopolita-culturalmente (lejos de ser una garantía de la igualdad de oportunidades) se apoya en una *libertad liberticida* y sin una libertad jurídica/filosófica, sino que, el hombre es “esclavo” de muchas fuerzas y deseos que le alejan de lo racional, lo ético, y pierde su sensibilidad ante el drama colectivo. Mediante su lavado de cerebro y adoctrinamiento

por las ideologías en competición para controlar la narrativa y la esencia del hombre, llega al extremo de considerarse a sí mismo como un ente aparte del conjunto de los humanos, de ahí sus acciones se reposan en lo puramente egoísta. Erradicada la sensibilidad y la empatía, entra en escena el culto o el deseo de dominar, mediante los instrumentos políticos, las redes económicas y laborales: uno está obligado a someterse a las reglas impuestas por el sistema laboral o verse excluido, fichado y violentado. Lo que me lleva a preguntarme sobre, qué es lo que tiene sentido en nuestra época, o a qué otorgamos valor. Puedo responder sin miedo a equivocarme: ganar, la economía, el estatus y poder para instrumentalizar a nuestros contemporáneos, y si sumamos a estos factores la paranoia introducida por las redes sociales y la alteración de los valores a favor de unas modas pasajeras y líquidas (Zygmunt Bauman), entonces pasamos a obtener una sociedad de usar y tirar, donde la mayoría de la población constituye los renegados del colonialismo económico. O como decía el papa Francisco, hemos aceptado la *cultura del descarte* como normativa sociocultural, descartando a aquellos vistos como inservibles o molestan.

El neoliberalismo-globalización ha creado a seres humanos para usar y tirar; seres humanos para producir y despedidos una vez conseguido el objetivo. Nietzsche hablaba de la muerte de Dios mediante las acciones inmorales de la sociedad, yo hablo de la muerte del Hombre, asesinado por la cultura del relativismo (Benedicto XVI), el neoliberalismo e ideologías que buscan derrotar los valores para constituir su verdad absoluta en consumo y la ganancia bajo cualquier medio, contradiciendo así la ética kantiana: no ver a los humanos como medios, sino como fines en sí. De ahí el hombre moderno es un ser contradictorio, sus premisas y sus conclusiones se yuxtaponen, e invoca la “libertad” como nuevo credo, pero se ve inundado en la contradicción. Reclama sus derechos y la dignidad, pero él mismo niega a los demás los mismos derechos que exige. ¿Es hipócrita el hombre moderno o todavía no ha despertado del sueño dogmático-económico? Por lo menos, Kant se despertó gracias a David Hume, pero al *Homo economicus* contemporáneo, le falta el coraje de Sócrates (la virtud) para enfrentarse a los demonios de su era. Al contrario, engañados por las diferentes sombras como los prisioneros en la cueva platónica, premian la criminalidad financiera por el hecho de estar obnubilados por el oro que luce. ¿De veras, estamos en una sociedad moderna? ¿En qué reposa la modernidad de nuestra era? ¿La capacidad destructiva del hombre? ¿Las infraestructuras, el flujo financiero, el nivel de consumo, el sistema de bienestar, la técnica, etc.? ¿Cuál es el lugar del hombre en estos escenarios? Es una sociedad “moderna” y sin el hombre, una dinámica en la que el hombre actúa al servicio de múltiples intereses, sin por ello, identificarse con los factores que motivan sus acciones. Es una modernidad relegada a lo estético, lo aparente, lo efímero, lo ahora, y donde las relaciones están vaciadas de su contenido ético, de ahí vivir se resume en producir, consumir, y nunca sentir ni compartir. Lo que lleva a justificar la dominación.

De esta manera, se ha pasado de gritar como Juan el Bautista en el desierto, proclamando la llegada del mesías, a legiferar y canonizar el grito de traición de Pedro (tres veces), abandonar su misión (tanto los dirigentes políticos como las multinacionales) como el nuevo patrón social. Es decir, en la dinámica socioeconómica, el hombre es seducido a participar en el sistema de producción con la promesa de que se va a enriquecer, pero una vez terminada su misión y habiéndose transformado en número, el sistema (Judas, empresario, corrupción política, etc.) se deshace de él, sin ni siquiera darle las gracias. El

neoliberalismo se comporta como el pueblo de Israel que seguía a Jesús para recibir el pan y los pescos, y en el camino de la muerte, aquellos que fueron alimentados, reclamaron su muerte y liberando al criminal Barrabás. Igualmente, millones de humanos son invitados a participar en el banquete capitalista, no como invitados, sino los cocineros, servidores, dependientes, etc., y una vez que hayan terminado el duro labor de preparar los manjares, contemplan desde la distancia las delicias que nunca probarán. En Belén, gritaban con gozo: “Un niño nos ha nacido”; ahora se grita con un jubilo que esconde la miseria y el resentimiento: “Hemos empobrecido a la sociedad, ahora podemos manejar a nuestro antojo”. El capitalismo-globalización no ha ofrecido una “Buena Nueva” a la sociedad, sino que quiere imponer la profesión de fe de una minoría insensible y sin ningún humanismo. Éstos, solamente se preocupan de lo que pueden sacar del otro, y no se fijan en la esencia del Otro en sí. Por eso, asocio al capitalismo con el mal que hacemos sin quererlo y el bien que deseamos hacer y nunca logramos materializar. Repensar el modelo exigirá de nosotros la valentía de san Pablo: deseando producir, hacemos el mal.

“Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, más con la carne a la ley del pecado” (Romanos, 7:19-25).

La era de la posverdad está simbolizada por la tiranía del relativismo: no es un relativismo puramente ideológico o en cuestiones teológicas (cuestionar la existencia de Dios, el mal, etc.), sino que, los principios fundamentales que sostienen la armonía social, el hombre como un ser con derechos innatos, la igualdad de todos los seres humanos, la relevancia del bien, etc., son puestas en cuestiones por unos intereses pasajeros, de ahí en el marco de las dinámicas económicas (vaciadas de la ética y la verdad, no es una verdad dogmática, sino en su sentido gnoseológico), el afán por acumular y priorizar el capital financiero, lleva a considerar la deshumanización del hombre como una nueva moral social; las voces que reclaman la reconciliación del hombre con lo considerado *humano* por la mayoría de las culturas, son vistas como radicales y enemigos del poder. El relativismo -la ganancia económica por encima de otra realidad- ha transformado a los humanos en objetos, en materias desechables, y nos negamos a considerar su valor intrínseco en sí. Lo único que observamos es, cómo nos puede aportar la rentabilidad económica, de manera que, si no encaja en este puzzle, es arrinconado mediante los mecanismos socioeconómicos dominantes. Y, visto desde una perspectiva ético-religiosa, dicho relativismo promueve la desvalorización del hombre mediante el autoengaño, la sobreproducción y el consumismo, como vías de escape de la miseria que introduce el modelo sociopolítico y económico contemporáneo, que se basan en la extirpación del valor humano para metamorfosearlo en una simple máquina con una fecha de extinción.

De ahí dejamos de verle como “Hombre” (en su sentido antropológico, antropología filosófica o la antropología cristiana, que es distinta de la antropología marxista que elimina la relevancia de la religión en la identidad humana), y negando su sacralidad (imagen de Dios, como indican las religiones del libro, o las religiones orientales que

asocian las virtudes humanas con la compasión y el amor, quien a su vez, habita en un cosmos armonioso, por lo que, sus acciones deben de promover la armonía y evitar producir el daño). Contraria a estas cosmovisiones pacifistas, el liberalismo económico impone su doctrina mediante la fuerza-violencia en el trato del hombre con los demás seres vivos (acumula karma), porque prioriza el interés personal por encima del bienestar colectivo (noción de propiedad privada en los pensadores ilustrados, por ejemplo, John Locke). Esto lleva a considerar la dignidad como un mero ideal filosófico-religioso, pero que, es inaplicable en la vida cotidiana. El capitalismo presenta al hombre como un instrumento, una máquina, un producto cuyo valor se mide en términos monetarios o plusvalía (rentabilidad, beneficios). De ahí algunos no dudan en instrumentalizar al hombre, la naturaleza, etc., ni establecen límites inviolables a la hora de utilizarle para alcanzar sus fines puramente egoístas (cf. la filosofía humanista y ética de Emmanuel Lévinas (2001/2002/2003/2009): el pensador habla de una responsabilidad que tenemos con el otro, cuidar el otro es hacerse responsable de él). Transformada la economía en la nueva religión y estando la técnica a su servicio, la ganancia ocupa la cima de las prioridades y el hombre se sitúa como el medio para alcanzar dicho fin. Estamos en una búsqueda insaciable de lo “Nuevo”, lo “rápido”, lo “ahora” (la moda, los beneficios, la renta) y olvidamos lo *Antiguo*, -o fingimos no darnos cuenta de las repercusiones de nuestras decisiones-; antiguo, visto en este contexto, como lo constante, la dignidad humana, valores como la solidaridad, la compasión, la fraternidad, etc., porque estos ideales se sitúan por encima de las cosas materiales, ya que brindan sentido a la existencia.

De hecho, en las religiones orientales, se argumenta que, para alcanzar el nirvana o la liberación, uno ha de liberarse de lo material o el apego a las cosas. Contraria a estas orientaciones que favorecen la *Ahimsa*, el liberalismo presenta el *ego* como regla que debe de guiar la vida moderna, de ahí el hombre es seducido por el materialismo-capitalista e incapaz de analizar las dramáticas consecuencias de sus acciones, deseos y decisiones. Solamente observa y percibe la rentabilidad en su trato con los demás seres vivos e inanimados. Para ilustrar la incoherencia del hombre moderno, cabe mirar la dinámica sociológica de nuestras comunidades poshumanistas, gobernadas por las invenciones de múltiples categorizaciones sociales y clasificaciones arbitrarias: justificaciones raciales, clases obreras, poderío económico, zonas de residencias seguras e inseguras, nativos versus migrantes, etc. O sea, estamos constantemente elaborando barreras y fronteras, no ya por puros factores ideológicos, sino también, económicos. De esta manera, hemos pasado de ser seres creativos a destructores, y nuestros mecanismos sociopolíticos, económicos, militares, etc., están acompañados por una cultura de la destrucción y una inflexibilidad a la hora de priorizar los intereses egoístas: el hombre debería de ser un fin en sí, pero se ha autoengañado creyéndose un medio, siendo así un obstáculo para la paz y generador de la violencia económica. Incapaces de liberarnos del peso neoliberal que inventa constantemente nuevos mecanismos de autotesclavitud, hemos llegado al extremo de perder la sensibilidad humana, cosa que se refleja en los tratos violentos, abusivos, la corrupción, la discriminación, las múltiples formas de explotación o la esclavitud moderna, la instrumentalización de los migrantes en los países desarrollados para aumentar su productividad, mientras que, por el otro lado, promueven discursos xenófobos para preservar sus privilegios alcanzados, destruyendo vidas.

La globalización prometía acercar los pueblos, pero ha facilitado el renacimiento de los guetos, las sospechas, un nacionalismo moribundo, debilitado y utópico, la creación de nuevos muros para defenderse de los peligros imaginarios -por ejemplo, Donald Trump y su muro populista, políticas antinmigrantes de Viktor Orbán, PM de Hungría, los discursos xenófobos del partido político VOX, etc.-, porque para éstos, la marcha del capital hacia los países en vías de desarrollo y la llegada de los migrantes económicos suponen unos riesgos existenciales e identitarios. Aparte de ser un mito superado por el *Logos* (la realidad, la razón), es también el reflejo de la paranoia de una época desilusionada con el modelo económico neoliberal. Bruscamente, muchos se están dando cuenta de que, el modelo que les habían vendido como el “paraíso”, se ha transformado en una ilusión, una droga destructiva y un peligro para la propia civilización humana, en particular, amenaza la armonía entre los seres vivos que habitan el planeta. De ahí se rebelan para recuperar su autonomía frente al poder ilimitado de la economía y la técnica que actúan monstruosamente. Tras décadas observando a la moral burguesa y capitalista actuar impunemente, violando incluso lo considerado *sagrado* en muchas civilizaciones, no solo hemos perdido nuestra dimensión contemplativa por la dictadura de las prisas y la acumulación, también la inocencia, lo que favoreció la cultura deshumanizante en sus diferentes facetas: colonialismo económico, opresión política, etc. Ya no hay pausa, serenidad, templanza, y el pacifismo es visto como una debilidad, sobre todo en el ámbito interestatal: las armas y los gastos militares son las nuevas prioridades, de ahí los gobernantes olvidan los sectores primordiales para mejorar la calidad de vida de sus ciudadanos. En la actualidad, gobernar es sinónimo de controlar a los ciudadanos mediante la manipulación y el miedo (pobreza, desempleo, conflictos socioculturales internos e inventados lejos de las fronteras nacionales, la creación de enemigos imaginarios para dar credibilidad a unas guerras absurdas, etc.), y los recursos que deberían de atender las necesidades de la población son utilizados para rearmarse, mientras que la población que pretenden defender sucumbe ante una miseria crónica.

Engañados por una cultura bélica, una confrontación ideológica entre nosotros versus ellos, una economía que reposa en la tecnología militar y el abandono de la tecnología sanitaria, hemos terminado por olvidar cómo contemplar la belleza de la humanidad: el rostro, la diversidad cultural, sino que, la vemos como una amenaza; sospechamos de aquellos que nos rodean y considerados objetos. Esto nos lleva a crear las bases de la ruina de la humanidad y considerar el darwinismo social como ley suprema: decretar una feroz competición en vez de la colaboración. Para Nietzsche, este mal es el resultado de haber perdido la facultad contemplativa, y lo *Nuevo* del que estamos obsesionados, crea el *Mal*, lo nuevo es malvado (Nietzsche, 1990). Para evitar confusiones, hemos de situar las críticas del filósofo alemán en su contexto histórico (evaluación de la sociedad cristiano-burguesa europea), pero si trasladamos su preocupación a nuestra época, podríamos considerar la *Dictadura de lo Nuevo* o la producción desenfrenada, como la nueva moda, ideología, política, ley, etc., que impone sus caprichos a todos (de modo similar, Zygmunt Bauman, analizó perfectamente la actuación inestable de la moda pasajera, como el patrón comportamental de la sociedad líquida o el momento actual de la historia). Dicho lo anterior, lo *nuevo* como “verdad” y “tendencia”, aparte de querer imponerse mediante la fuerza de las ideas (e imaginarios colectivos) y el engaño (publicidad, discursos ideológicos, promesas electorales, mesianismos políticos, etc.), también combate lo *antiguo* (los valores y la fraternidad comunitaria) vía un

individualismo hostil a la solidaridad, que busca dismantelar las bases que sostenían a las sociedades preindustriales e imponer un yo-céntrico.

Ahora trata de decirnos que, el interés o la actuación caprichosa e incontrolable de la economía han de ser priorizadas, y para ello, deberíamos de utilizar unos mecanismos no convencionales para liberarnos de lo “viejo”. Lejos de ser el buen camino por seguir, mediante sus estrategias de seducción como hacían las musas griegas -constantemente cambiando su apariencia y estrategias de captación-, ha logrado cambiar la psicología social, de ahí para muchos, la no participación en la cultura consumista popular puede implicar su exclusión de la colectividad. Incapaces de resistir la presión consumista, se dejan esclavizar por los caprichos del dios económico. De esta manera, domina la paranoia colectiva e inculcada como regla absoluta que regula las vidas cotidianamente (sospechas mutuas, dominación, explotación, reparto desigual de los recursos, etc.). Hasta los delegados o guardianes de la soberanía popular confiscan el poder para priorizar lo “nuevo” (sus intereses). Dicho esto, esto no explica todos los males de la política moderna o la crisis sociopolítica e institucional, pero representa un factor determinante: ocultar el rostro ajeno, cuestionar su condición humana, o sea, la instrumentalización e instauración de las nuevas modas coloniales (opresión cultural, económica, ideológica, modas, etc.).

¿Cómo describiríamos la dinámica sociológica de la sociedad global o posglobalización? En las comunidades premodernas, la base o el núcleo de las actividades grupales residía en la dinámica familiar/clan, y a pesar del paso del tiempo (la modernidad introduciendo cambios bruscos en estas comunidades, tanto que, en algunos contextos, altera la identidad, la psicología grupal e introduciendo nuevos patrones sociales y laborales, etc.), la suma de estos grupos constituyeron el Estado-nación, y con la centralización del poder y el reajuste de las funciones de la autoridad, la familia paso a ocupar un papel debilitado frente a las instituciones o relegada al ámbito privado. Desde entonces, en casi todas las sociedades, y a pesar de que, todo individuo parte de una familia o clan, en materia de visión colectiva, la construcción identitaria, etc., el Estado juega el rol principal. Las instituciones sociopolíticas y económicas modernas dictan el rumbo que ha de seguir la población. Por lo que, en la era cosmopolita (cultural y no políticamente), la familia queda al margen, o diríamos, está fuera, en las periferias de la megápolis que se ha transformado en el nuevo espacio de encuentro / disputas entre los “diferentes”. Y estas diferencias no son vistas como complementos, sino como fuentes de tensión y pretextos ideológicas para confiscar el Derecho, el sentido de la pertenencia al colectivo, las bases jurídicas-tradicionales que regulan la moral colectiva, etc. De ahí en vez de ser el “centro” el lugar de encuentro y de consenso entre las múltiples preferencias, antropológicamente, aparecen una serie de estructuras y sociedades paralelas compitiendo entre ellas. De manera que, a pesar de situarse en la comunidad (el conjunto), la persona se convierte en un mero sujeto/número (en el marco de las programaciones estadísticas y políticas públicas). No tiene una atención ajustada a sus necesidades, más bien es obligada a aceptar su condición de objeto, sometido a la voluntad de un conjunto que es puramente numérico y sin ningún poder decisonal sobre su destino (se transforma en obrero para el tirano económico, inmigrante para las reglas locales, otro para la mayoría, etc.).

Se trata de una sociedad individualista sin el individuo, ya que desaparece su yoidad ante las exigencias de la masa, la industria, unas reglas comerciales invasivas que llegan incluso a violar la autonomía del ser, su derecho a la privacidad, el descanso, etc., y no

sigue su voluntad, sino una “fe” impuesta por los nuevos profetas enviados por el *dios económico*. En este marco, es obligado a obedecer -similar al pueblo de Israel que tuvo que aceptar las orientaciones de Yahvé para evitar ser derrotado por otros pueblos; obedecer no por voluntad ni convicciones, sino por cuestiones existenciales-, de lo contrario, es expulsado del paraíso financiero, mediante el despido o la crisis económica que le despoja de todo lo que había acumulado. Y como el adoctrinamiento neoliberal prohíbe el estoicismo ni promueve modelos alternativos, ante la incapacidad de resistir como Job las pruebas existenciales, muchos terminan sirviendo al dios del mercado. Aparte, es una comunidad sin la comunidad, un grupo vaciado de la solidaridad, un ideal que predica el progreso y genera la decadencia. En otros términos, la globalización y el capitalismo salvaje han creado la contradicción como hechos incuestionables, y ante esto, uno ha de obedecer para sobrevivir. De ahí desde un prisma sociológico, las relaciones reposan en estructuras de dominación y manipulaciones; el poder significa la posibilidad de crear mayores beneficios, consumir asentándose en los hombros dolientes de los desechados y un odio visceral hacia los pobres (*aporofobia*: “rechazo, aversión, temor y desprecio hacia el pobre, hacia el desamparado que, al menos en apariencia, no puede devolver nada bueno a cambio” (Cortina, 2017)). Visto en términos foucaultianos, sería la era de la *Biopolítica* (Foucault, 1979/1988/1996/2012; Deleuze, 2014), es decir, la época en la que el poder sociopolítico-económico moldea las aspiraciones colectivas y administra los cuerpos encarcelados; introduce como norma suprema, el castigo o la docilidad al capitalismo, mediante el sistema penitenciario, judicial y el empobrecimiento-dependencia para sobrevivir. Pero, sobre todo, el cuerpo es obligado a transformarse en una máquina (sexual, industrial) regulada mediante la coacción.

Similar paradigma operaba en la era neocolonial en África, tras la accesión a la soberanía internacional de la mayoría de sus países (y mediante los mecanismos de la *France-Afrique* o *Françafrique*), es decir, la implementación de políticas y estrategias desde París e instituciones internacionales para mantener dóciles a los dirigentes africanos con el fin de seguir explotando sus recursos, hechos que debilitaron el nacionalismo de la época y perpetuaron la dependencia, y aquellos líderes que contestaron dichas prácticas fueron violentados (caso Patrice Lumumba, Thomas Sankara, etc.). Casi todos sus mecanismos partían de la brutalidad; y aunque el *Brutalismo* en Achille Mbembe, examina la idea moderna de que todo es cuantificable y que el capitalismo controla todas las esferas sociales, que a su vez genera una digitalización de la humanidad y la humanización de los objetos técnicos, llevando a problemas complejos para nuestra era, igualmente, los mecanismos priorizados por estas políticas neocoloniales y globalistas, crean un brutalismo peligroso para alcanzar la *paz perpetua* kantiana. Además, aplican la violencia como regla y primer motor, de ahí cohabitan tanto la violencia física y la estructural.

Ya no se castiga como sucedía en la era colonial, sino que, los mecanismos sociopolíticos-económicos, controlan el cuerpo y la mente, someten mediante el consumo y la manipulación de la información/narrativa, actualmente vista como fuente de ingresos, disputas geopolíticas, ideológicas, control social, etc., gracias al papel que juegan las redes de información y la *televisión basura* (Bueno, 2000/2002). Víctima de una cultura frenética, la sociedad actual considera la inactividad como un “pecado” contra el dios económico y una amenaza contra los intereses del sistema de producción, de ahí millones a través el globo son obligados a hipotecar su salud mental y física, familias destruidas,

etc., al beneficio del rendimiento económico. En parte, porque se ha prometido al “yo” una divinización resumida en ilusión y consumo desenfrenada que perjudica al hombre y el ecosistema (cf. Papa Francisco, (2015), *Laudato si'*). Reclamando una nueva cultura más pausada y una vida más contemplativa que la dominación, argumenta Han (2023:96): “Hoy nos explotamos por propia voluntad y con la creencia de que nos estamos realizando. Nos entregamos al culto del yo, a la misa del yo, en la que todo el mundo es sacerdote de sí mismo. La presión de autenticidad le es ajena a la sociedad de masas”.

4.0 CONCLUSIÓN: URGE REPENSAR NUESTRAS ESTRUCTURAS ENVEJECIDAS

Buscando liberarse de las fuerzas divinas sobre las que partían las cosmovisiones, el hombre contestó las teorías metafísicas de antaño y se refugió en la ciencia-técnica que permitió construir una modernidad -romper con lo tradicional- reposada en la industrialización. A partir de este momento, paso a verse a sí mismo como un nuevo dios, manejando el destino del cosmos y formulando la libertad como un valor absoluto. Lejos de presentar una transformación verdaderamente ética y liberadora, dicho progreso industrial-económico generó nuevas paradojas conflictivas. De manera que, la modernidad, el capitalismo y la globalización, consideradas como pilares del desarrollo y la libertad del hombre moderno de decidir sobre su destino, se transformaron en mecanismos problemáticos antes que soluciones a las cuestiones modernas. Desde entonces, cada vez vamos descubriendo motivos por los cuales urge repensar las estructuras sobre las que reposan la posmodernidad (capitalismo, globalización, sistema internacional, etc.). Y tras examinar los desafíos de la globalización económica, creemos necesario restaurar la dignidad humana, devolviendo la soberanía a las sociedades y no priorizando los instrumentos económicos que subyugan a millones de seres humanos sin la debida legitimidad. Aparte, desde la época feudal y pasando por la industrialización al presente, el hombre ha estado al servicio de la economía, y ahora hace falta un cambio de paradigma, o sea, haciendo que la economía sea una actividad al servicio del hombre y no al revés, y situando al *Hombre* en el centro de las preocupaciones políticas. No puede haber una globalización cultural, económica, política, etc., decente, siendo el hombre un actor secundario y las fuerzas sociopolíticas dominando las aspiraciones colectivas.

Para evitar las críticas a la globalización (su doble cara), hace falta analizar sus ventajas y paradojas para frenar la balcanización sociocultural generada por la explotación geopolítica e irracional de los recursos en los países del sur global. Tampoco vamos a crear una sociedad cosmopolita mientras que en Occidente se prolonga una visión eurocéntrica-occidental del mundo y el afán de imponer una cultura monolítica. El progreso socioeconómico no ha de significar la liquidación de las culturas milenarias a favor de una tendencia consumista y violenta con lo vivo, más bien necesitamos un enfoque holístico, es decir, analizando los mecanismos culturales no occidentales en los espacios de decisión global, ya que los problemas de nuestra época son transfronterizos y afectan a todos los pueblos. Cabe mirar las repercusiones del cambio climático, el odio, el racismo...; y aunque los países del sur generan menos residuos tóxicos y emisiones, sufren las catástrofes naturales de una manera más significativa (más pobres). Para que haya la paz, Occidente ha de abandonar su cultura imperialista y expansionista mediante los mecanismos de la globalización, lo que necesitamos es una civilización del mestizaje que valora las diferencias. En definitiva, no habrá una *globalización* mientras que siga dominando un mero intercambio económico desigual que favorece el norte global.

5.0 Bibliografía

- Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona: Editoriales Tusquets.
- Bermudo, J.M. (2010). *Adiós al ciudadano. Pluralismo, consumo, globalización*. Barcelona: Horsori.
- Bhagwati, J. (2005). *En defensa de la globalización. El rostro humano de un mundo global*. Barcelona: Arena Abierta.
- Bueno, G. (2000). *Televisión: Apariencia y verdad*. Barcelona: Gedisa. (2002). *Telebasura y democracia. Cada pueblo tiene la televisión que se merece*. Barcelona: Ediciones B.
- Buenos, G. (2004). *La vuelta a la caverna. Terrorismo, guerra y globalización*. Barcelona: Ediciones B.
- Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*. Barcelona: Paidós.
- Durán, R.F. (2011). *La quiebra del capitalismo global: 2000-2030. Preparándonos para el comienzo del colapso de la civilización industrial*. Baladre: Libros en Acción (Ecología en Acción / Virus Editorial).
- Foucault, M. (1996). *Las redes del poder*. Disponible en: <https://ezequielsingman.files.wordpress.com/2016/08/las-redes-del-poder-michelfoucault.pdf> ; (2012). *El poder, una bestia magnífica: sobre el poder, la prisión y la vida*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.; (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta.; (1988). "El Sujeto y El Poder". *Revista Mexicana de Sociología*, vol.50, 3- 22.; Deleuze, G. (2014). *Michel Foucault y El Poder: Viajes iniciáticos I*. Madrid: Errata Naturae.
- Global Justice Centre (2019). *Q&A: The Gambia v. Myanmar. Rohingya Genocide at The International Court of Justice*. November, https://wordpress-537312-2488108.cloudwaysapps.com/temp-uploads/2019/11/20200115_BurmaICJ_QandA.pdf
- Han, B.C. (2023). *Elogio de la inactividad. Vida contemplativa*. Barcelona: Taurus.
- Lévinas, E. & Nemo P. (2000). *Ética e infinito*. Madrid: La balsa de la Medusa.
- Lévinas, E. (2001). *Entre nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Valencia, España: Pre-Textos.
- Lévinas, E. (2002). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca, España: Sígueme.
- Lévinas, E. (2003). *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Salamanca, España: Sígueme.
- Lévinas, E. (2009). *Humanismo del otro hombre*. México: Siglo XXI.
- Marshall, T.H. (1950). *Class, citizenship, and social development*. New York: Anchor.
- Marshall, T.H. (1992). *Ciudadanía y clase social*. Madrid: Alianza.
- Morin, E. (2010). *¿Hacia el abismo? Globalización en el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.
- Muñoz, J.R.F. (2018). *Cristianismo y economía de mercado. Globalización y generación de riqueza*. Madrid: Unión Editorial / Centro Diego de Covarrubias.

Nietzsche, F. (1990). *La ciencia jovial*. Caracas, Monte Ávila.

Papa Francisco, (2015). Carta encíclica “Laudato si’”, Vaticano, 24 de mayo. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.pdf

Reinert, E.S. (2007). *La globalización de la pobreza. Cómo se enriquecieron los países... y por qué los países pobres siguen siendo pobres*. Barcelona : Crítica.

Roure, D. (2016). « Jacques Ellul : éthique de la non-puissance ». *Nouvelle revue théologique*, 138, 111-115. <https://doi.org/10.3917/nrt.381.0111>

Sloterdijk, P. (2005/2007). *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid: Siruela.

Stiglitz, J.E. (2003). *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus.

Tamayo, J.J. (2011). *Otra teología es posible. Pluralismo religioso, interculturalidad y feminismo*. Barcelona: Herder.